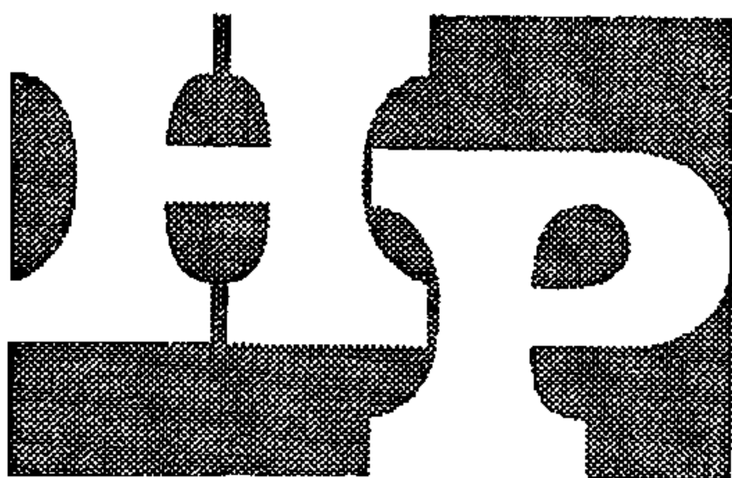
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

# Silver Kane

# HE VUELTO PARA MORIR





# Héroes de la PRADERA



# Silver Kane

# HE VUELTO PARA MORIR

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº43
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

*Déposito Legal B 32658-1970*

*Impreso en España - Printd in Spain*

*1.º edicción: nov., 1970*



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# Capítulo primero

## Tierra Enemiga

A pesar de que Estados Unidos se encontraba en guerra civil, y a pesar de que Texas iba siendo invadida ya por las tropas enemigas, aquella boda entre el capitán Marlon y «la muchacha más bonita del Sur», se había celebrado con toda solemnidad.

Más de trescientos invitados habían asistido a la ceremonia, y entre éstos se distinguían por lo menos cincuenta uniformes sudistas y diez o doce entorchados de general.

Lo mejor que el Sur tenía aún en Texas se había reunido allí aquella tarde para festejar la boda del capitán Marlon con Annabella Lauren, quien tenía fama de ser la mujer más hermosa y extraordinaria que jamás habían contemplado los ojos de un hombre.

Vestidos fastuosos, uniformes brillantes, sables recién pulidos, joyas que relucían a la luz de las lámparas… Todo se había dado cita allí aquella tarde para recordar que toda la aristocracia del Sur estaba al lado del capitán Marlon y su joven esposa. Y a pesar de que los cañones enemigos estremecían el aire a cuatro días de galopada de allí, todos habían decidido olvidarlo.

La ceremonia civil se había celebrado ante el juez Carpenter, y una vez casados, los dos jóvenes se encaminaron en carroza descubierta a la mansión de Annabella Lauren, seguidos por una corte de invitados tan fastuosa como quizá nunca se había visto en Texas.

Cuando llegaron a la casa, novia e invitados entraron casi en tropel, riendo y comentando la fiesta, para dirigirse al gran salón

donde iba a celebrarse el banquete. Todos los invitados querían ver de cerca a la novia, y las mujeres ansiaban tocar su vestido por entender que eso les daría buena suerte. El ruido de los comentarios, las voces, las risas, era casi caótico en las grandes habitaciones de la mansión de Annabella cuando el general sudista Brandon, que era uno de los invitados de honor, se puso en pie sobre una de las mesas para gritar:

—¡Calma, señores, calma! ¡Les ruego que me concedan la palabra!

Si el general no se hubiese subido a una mesa, lo más probable es que nadie le hubiera hecho caso, a pesar de su categoría, pero como destacaba sobre los demás y movía los brazos tan enérgicamente, los invitados cesaron en sus conversaciones poco a poco y se fueron volviendo para mirarle.

Cuando estimó que su voz podía ser audible sin esfuerzo, el general Brandon anunció:

—Distinguidas damas y estimados amigos: Es absolutamente necesario que les pida una cosa…

—¿Qué vas a pedirnos, viejo tunante? —gritó el general Bolden, que también estaba allí—. ¿Quieres acaso que te dejemos solo para besar a la novia?

—Algo de eso quiero pediros —gritó Brandon, mientras lanzaba una carcajada—, pero no para mí, sino para nuestro amigo el capitán Marlon, a quien no hemos dejado un instante a solas con su mujer desde que ha concluido la boda. ¿Es que no os dais cuenta, pandilla de miopes? Se ve en sus caras qué esos tortolitos anhelan quedarse un instante solos para explicarse lo mucho que se quieren, y nosotros no hacemos más que estorbar. ¡Propongo que los dejemos estar diez minutos solos en cualquier habitación, para que se expliquen sus cosas! ¡Si no lo hacemos así, no tenemos conciencia, amigos! ¡Vamos, Marlon, escápate antes de que sea demasiado tarde! ¡Nosotros empezaremos a comer!

Se oyó un ensordecedor griterío y estallaron los aplausos. Las damas reían mientras intentaban ruborizarse porque aquello era de buen tono, mientras los hombres lanzaban también sonoras carcajadas y dirigían miradas envidiosas al rostro de Annabella y a aquellos labios que en adelante sólo pertenecerían al capitán Marlon.

Estrechó con fuerza el brazo de su esposa y musitó:

—Vamos.

Corriendo casi, abriéndose paso entre las nutridas filas de invitados, que aplaudían sin cesar, el capitán Marlon y Annabella Lauren llegaron a la puerta de un salón contiguo y la cerraron a su espalda. Cuando se encontró solo con ella, Marlon lanzó un suspiro de alivio. Quizá nunca había visto tan hermosa a Annabella como en aquel momento, con su inmaculado vestido de novia, sus labios rojos como una fruta a punto de estallar, sus ojos brillaban igual que dos estrellas en la noche. Ahora se dio cuenta Marlon de por qué Annabella era llamada «la mujer más bonita del Sur». Con un estremecimiento la atrajo hacia sí y la besó. El rumor que producían los invitados detrás de la puerta desapareció para él y sintió como si estuviera solo con Annabella en el centro del mundo, como si nada ni nadie hubiera de perturbar su amor.

—Te quiero, muchacha, y no nos separaremos nunca…

—¿Nunca? Es inútil que nos engañemos, Marlon. Te han dado una semana de permiso solamente.

—Pero esa semana valdrá por toda nuestra vida, y, además, la guerra terminará pronto. Yo te juro que antes de seis meses los rebeldes del Norte habrán mordido el polvo y la bandera de la Confederación ondeará en todo el territorio de Estados Unidos. Entonces yo seré alguien, Annabella, alguien tan importante que tú te sentirás orgullosa de ser mi mujer.

Mientras él estrechaba con fuerza sus manos, ella musitó:

—¿Van a ascenderte a comandante?

—Más que eso, Annabella. Ya verás cómo suceden cosas increíbles en cuanto termine la guerra.

—Has dicho que podía acabar en seis meses, Marlon —musitó la muchacha, mientras tenía un estremecimiento—. Seis meses… ¿Estás seguro? ¿Por qué dices eso con tanto aplomo, cuando después de Gettysburg ya apenas quedan esperanzas para el Sur?

—Sé bien lo que digo.

Soltó a la muchacha, cuyos brazos había acariciado hasta aquel momento, fue hasta una elegante mesa de centro y sonrió con despreocupación, como si estuviera bien seguro de sus palabras.

—Seis meses y nada más. Sé bien lo que digo. Y ahora, Annabella, ¿por qué hablamos de cosas que no nos importan? Si esa

gente nos ha concedido diez minutos, ¿por qué los desaprovechamos hablando de lo que puede durar la guerra?

—Es que la guerra es muy importante para mí. La guerra significa que vas a marchar dentro de una semana y que tal vez no vuelvas nunca. Imagínate si me interesa. De ella depende el que continúe casada o el que me convierta en una pobre viuda.

—Tú no te convertirás en ninguna viuda, Annabella.

—¿Por qué dices eso? ¿Tan seguro estás de que las balas van a respetarte?

—No es fácil que yo me presente por los lugares donde silben las balas —dijo él con suficiencia.

Annabella se aproximó, ligeramente temblorosa. Sus labios parecían palpitar.

—Marlon…

—Sí, Annabella, no es fácil que yo tenga que volver al frente como un simple oficial que sólo sirve para que lo maten. Yo… —Se golpeó la frente con un ademán de superioridad— yo tengo cabeza para pensar y puedo hacer grandes cosas. El general Gordon me ha encargado una misión especial y que puede resolver la guerra a nuestro favor. Naturalmente, no puedo hablar de ella con nadie, ni siquiera contigo.

—¿Ni siquiera conmigo?

—No, muchacha. Es una misión importante y secreta. De todos modos, te diré algo, un solo nombre…

Se adivinaba que las órdenes que tenía de guardar el secreto luchaban con su vanidad, que le impulsaba a contar a aquella mujer lo importante que él era.

—¿Qué nombre? —susurró Annabella.

—Quantrell…

La simple mención del despiadado guerrillero que estaba bañando en sangre las tierras del Oeste hizo estremecer a la muchacha.

—¿Quantrell? No es posible. Según las últimas noticias, se encuentra muy lejos de aquí.

—Nos reuniremos en un lugar determinado. Quantrell, ¿sabes?, no podría hacer nada si yo no le aconsejase. Pero ahora no importa eso, Annabella. Repito que nada importa sino nuestro amor y la semana de felicidad que nos espera. Ven aquí, muchacha…

Ella se acercó, y cuando Marlon iba a estrecharla de nuevo entre sus brazos, sonó como un carraspeo a su espalda.

El capitán se volvió con la velocidad del rayo. Creyó que uno de los invitados se había introducido allí, e iba ya a arrojarlo a puntapiés, fuese quien fuese. Pero al ver al hombre que estaba dentro de la habitación, sus dientes entrechocaron y sus músculos sufrieron una contracción espantosa. Si hubiese tenido armas, Marlon habría actuado inmediatamente, pero acababa de casarse y no llevaba ni un cortaplumas encima.

De todos modos, el hombre que tan discretamente les había advertido de su presencia no parecía albergar ninguna clase de intenciones agresivas. Tenía las manos en los bolsillos de su pantalón tejano y estaba indolentemente apoyado en el quicio de una puerta lejana, dentro de la habitación, contemplando a la pareja con expresión aburrida. Sin duda estaba allí desde que ambos entraron, y sólo a la emoción de Annabella y Marlon podía atribuirse el que no se hubieran fijado en él.

El desconocido extrajo del bolsillo su mano derecha, se echó un poco hacia atrás su sombrero blanco y terminó quitándoselo para hacer una especie de reverencia.

—Les saludo, señores. Y les deseo toda clase de felicidades en su nuevo estado.

—¡Canalla!

La imprecación había partido de labios de Annabella, mientras Marlon hacia un movimiento como para lanzarse sobre el intruso.

—Calma, calma… —musitó éste, sin perder ni por un segundo su fría sonrisa—. ¿Tanto les molesta el que alguien les felicite? ¿Cómo estás, Annabella? ¿Qué tal te sientan las tocas de novia?

Ella repitió:

—¡Canalla!

—No esperaba que un perro nordista como tú se atreviese a aparecer por esta tierra del Sur —dijo Marlon bruscamente, mientras se acercaba con disimulo hacia la puerta exterior—. ¿Qué es lo que has venido a buscar a Texas, Rex Harley?

Rex Harley, que tendría unos veintiocho años y era alto, fuerte, rubio, vestido como un vaquero, dirigió al capitán una sonrisa cuadrada.

—Texas es mi tierra, ¿no?

—Has sido declarado traidor por toda la ciudad y por todo el Estado. Texas ya no es tu tierra, puesto que has tomado las armas contra ella. Serás colgado por los pies y tus antiguos vecinos pasarán por delante tuyo para escupir sobre ti, y aguardarán a que el sol te abrase y te deshaga como a un caballo muerto. Si querías suicidarte, maldito Rex, podías haber elegido una forma más divertida.

—Es que no pienso suicidarme, Marlon —musitó Rex, con expresión distraída—. Por cierto, ¡qué guapo vas!

—¡Llevo mi uniforme, el uniforme de mi tierra, a la que no he deshonrado como tú!

—¿Pretendes hacerme perder la paciencia, Marlon? Repito que Texas es también mi tierra.

—¿Y Annabella fue tu novia, no? —preguntó Marlon, con voz silbante.

Los dos hombres miraron instantáneamente a la muchacha, que tenía los labios apretados y parecía a punto de sufrir una crisis nerviosa.

—No estábamos hablando ahora de Annabella, Marlon. Estábamos hablando de Texas.

—Sí, la tierra donde vas a morir…

Estaba ya a punto de rozar el pomo de la puerta tras las que había docenas de invitados dispuestos a ayudarle. Sólo un grito, una llamada, y Rex sería destrozado allí mismo como una rata rabiosa que cae en poder de una jauría de perros. Se pasó la lengua por los resecos labios al ir a oprimir aquel pomo, pero Rex le inmovilizó con un simple susurro:

—Quieto.

Había algo en su voz que helaba los nervios y la sangre, algo que hacía estremecer.

—Quieres pedir auxilio a tus invitados, ¿no es cierto, Marlon? ¿No crees que eso resulta de mal gusto, después de la fiesta tan pomposa que les has prometido?

—¡Te matarán! ¡Si intentas algo contra mi te acorralarán y te matarán como a una fiera rabiosa!

—Antes te habré matado yo a ti, Marlon.

Se oyó en el extraño silencio de la habitación la respiración agitada de Annabella.

—Acabo de casarme, Rex…

—Ya lo veo. Con él.

—Si lo que deseas es vengarte serás el hombre más miserable que yo haya conocido.

—No deseo vengarme. ¿Crees que me importas tanto, Annabella? Menos imaginación, hermana. Cuando me explicaron que ibas a casarte con el capitán Marlon Schelley, me entró sueño… Si yo quiero hablar con tu brillante marido es para resolver un asunto puramente militar.

—Olvidaba que formas parte de esa manada de «perros azules» que está invadiendo nuestra tierra —masculló el capitán—. Y olvidaba también que de esos perros eres uno de los que tienen los colmillos más afilados. ¿Qué graduación tienes ahora? ¿Comandante?

—Coronel.

Marlon escupió al suelo.

—Coronel de una tropa de cerdos.

—¡Basta ya! Tengo una misión que cumplir y lamento tener que cumplirla precisamente en el día de tu boda, pero ya no me es posible aguardar más. Acabaremos en seguida, Marlon.

—¿Qué misión es ésa?

—La de matarte.

Ahora fueron los dientes de Annabella los que entrechocaron en el silencio de la habitación.

—Rex…

Él le dirigió una mirada inhumana, como si Annabella en vez de una mujer que acababa de casarse, fuera un simple objeto que alguien hubiera dejado allí por equivocación. La muchacha, de una forma instintiva, se dio cuenta de que no había piedad en aquellos ojos. De que no podía haberla.

De todos modos, suplicó:

—Rex…

—¡Deja de pronunciar ya ese nombre! —gritó Marlon—. ¡Si lo que quieres es suplicarle que no me mate, estás perdiendo el tiempo! ¡Más vale que me supliques que no le mate yo a él! ¡Rex y yo tenemos viejas cuentas pendientes y ya es hora de que para uno de los dos llegara el día de morir!

—Me agrada que pretendas luchar conmigo, Marlon —dijo Rex,

fríamente—. De este modo mi misión será, ¿cómo te diría yo?, más elegante. Un desafío es cosa normal para un hombre del Oeste. Una ejecución ya no lo es tanto. Me alegra que te pongas a tono.

—No llevo armas… —dijo Marlon, entreabriendo los brazos.

—No te preocupes por eso. Yo llevo dos revólveres, y los dos son de excelente calidad. Puedo prestarte uno por varios segundos, por ejemplo, hasta que mueras.

El capitán Marlon se estremeció en contra de su voluntad. Había algo en la voz de aquel hombre, algo en sus ojos despiadados, que era para él como un presagio de muerte.

—Está bien. Venga un revólver. Pero te juro que no tendré piedad, Rex.

—No me gusta que los hombres la tengan cuando se deciden a empuñar un arma.

Annabella no se interpuso entre los dos porque sabía que era inútil. A pesar de ser una muchacha curtida en la vida del Oeste, que había visto muchos muertos y estaba acostumbrada a manejar el revólver como un vaquero, esta vez se sentía estremecida y como paralizada por el dolor. No en vano era aquélla la mañana de su boda.

Rex extrajo, con la punta de dos dedos, su revólver derecho y se dispuso a lanzarlo al vuelo hacia las manos de Marlon.

—Pero tú no eres zurdo… —dijo el capitán, al ver que su enemigo se quedaba solo con el «Colt» de su izquierda.

—Si no te diese alguna ventaja, el duelo resultaría muy aburrido —dijo Rex.

Lanzó el revólver al suelo y Marlon lo recogió ansiosamente. Pero en lugar de guardarlo y esperar la señal que daría principio al duelo, llevó el dedo al gatillo y disparó ansiosamente y con frenética rapidez.

Los estampidos hicieron retumbar el aire. Ninguna de las balas alcanzó a Rex, porque Marlon no había tenido tiempo de apuntar, pero silbaron de tal modo junto a su cabeza que tuvo que arrojarse al suelo para que un nuevo proyectil no le atravesara la frente. Marlon había conseguido lo que se proponía. Aprovechando la excesiva confianza de su enemigo, tenía a éste en difícil situación y casi a su merced, mientras que la alarma estaba dada en todos los rincones de la casa.

El general Brandon, que estaba al otro lado de la puerta, fue el primero en lanzar el grito de atención:

—¡Algo ocurre ahí! ¡Vamos, hay que saber lo que es! ¡Adelante!

Más de quince personas, entre las que se encontraban tres generales y altos oficiales del Sur, se abalanzaron sobre la puerta. Ésta cedió al primer embate y la riada de invitados penetró furiosamente dentro de la habitación. Si alguno de ellos hubiera dispuesto de armas, se habría armado allí algo peor que la batalla de Gettysburg, pero nadie disponía de ellas. Nadie a excepción de Marlon, quien hacía fuego rabiosamente contra un ángulo de la pieza.

Hasta ver que de aquel ángulo partían volando dos butacas, nadie se dio cuenta de que alguien más estaba allí. Cuando vieron al intruso, de varias gargantas brotó una exclamación de sorpresa incontenible.

—¡Harley! ¡Rex Harley!

Rex en efecto, era el ciclón al que las balas habían acorralado en aquel ángulo de la pieza. Después de contorsionarse en el suelo como un acróbata, evitando así dos nuevos balazos de Marlon, arrojaba ahora contra éste todo lo que encontraba a su paso valiéndose de su mano derecha, mientras con la izquierda sacaba el revólver. Aquel deseo suyo de sacar el arma sólo en el último momento, había estado a punto de perderle.

A Marlon sólo le quedaba un proyectil. Se dio cuenta de que había obrado con precipitación y entrecerró los ojos y tensó los músculos para apuntar bien esta vez. Pero fue entonces cuando brotó del «Colt» de Harley una extraña llamarada color naranja, y Marlon sintió que su revólver saltaba hacia el techo, igual que si lo hubiese llevado una misteriosa ráfaga de viento.

Después de los disparos, un silencio espantoso se había hecho en la habitación y en toda la casa. El humo acre de la pólvora flotaba en el aire y parecía hacerlo espeso y asfixiante.

En medio de aquel silencio, se oyó el sonido metálico de las palabras de Rex:

—Yo quería un duelo legal, Marlon, pero veo que me estás poniendo las cosas difíciles. No habrá más remedio que matarte delante de todos estos invitados, y a lo mejor les mancha la sangre sus bonitos uniformes.

El general Bolden, que había sido uno de los primeros en entrar, se acercó al joven con las facciones contraídas.

—¡Esto es una infamia y una locura, Rex Harley! ¡Sólo conseguirás que te ahorquen! ¡No llevas uniforme y no te protege ninguna de las leyes de guerra!

—Ni de guerra ni de paz —dijo tranquilamente Rex—. Cuando acepté esta misión sabía de sobra que era una de esas de las que no se vuelve. Pero tenía la ventaja de que representaba morir en Texas y ver otra vez a Annabella Lauren.

La muchacha, que parecía a punto de caer y había tenido que apoyarse en una de las paredes, hizo un desesperado esfuerzo para mantenerse erguida.

—No eres más que un perro vagabundo, Rex, o un condenado cerdo que tiene el alma vendida a los tiranos del Norte. Ya hace mucho tiempo que te olvidé, y el haberte visto otra vez no me produce más que náuseas. De modo que si querías saber qué enorme alegría me causa tu presencia, ya te he informado debidamente. Cuando te maten, haré galopar mis caballos por encima de tu tumba.

—Un buen jinete no puede desear nada mejor que el que vengan a despertarle de su sueño eterno unos buenos cascos de caballo. En cambio, te prometo que si es Marlon el que muere, rodearé su sepultura de cadenas arrancadas a los esclavos del Sur.

Se oyó en el silencio que siguió a estas palabras cómo entrechocaban los dientes del general Bolden.

—No es posible discutir siquiera quién va a morir aquí. Estás acorralado, Rex, y tu misión no es más que un suicidio. Cuando marchaste de Texas para enrolarte en las filas de los buitres del Norte, sabías que no volverías a ella si no era para morir. —Se volvió hacia los otros invitados y gritó—: ¡Vamos, muchachos, a por él!

Hubo un movimiento general para abalanzarse sobre el joven, pero éste movió el revólver en abanico, y lo hizo con tan pasmosa velocidad que todos se inmovilizaron. Los hombres notan cuándo están delante de un verdadero pistolero, de alguien a quien no le importa matar.

—Me quedan cinco balas en el cilindro —dijo Rex, moviendo todavía el revólver, pero ahora con más suavidad—. Si alguien

quiere que las repartamos, procuraré que ni una sola de ellas se pierda.

Todos callaron. Sabían que el tiempo trabajaba en contra del sitiado. Se suponía que alguien había ido a dar parte al *sheriff*.

Rex no lo ignoraba tampoco, y por eso dijo:

—Sé que voy a morir, Marlon, y no quiero hacerlo sin cumplir antes la orden que me ha traído aquí. Te daré una nueva oportunidad para que defiendas tu vida como un hombre. Mi felicitación por tu boda va a ir unida a mi pésame por tu muerte. ¿Alguien tiene un revólver para prestárselo a ese valiente?

Nadie respondió. Era evidente que los invitados no llevaban armas. Al fin fue el general Brandon el que dijo:

—Si tuviésemos un revólver, ya lo habríamos empleado contra ti, maldito perro.

Hubo un momento de terrible silencio. Por un lado, Rex tenía que cumplir la orden que le obligaba a matar a Marlon, y por otro se negaba a ejecutarla sin darle ninguna posibilidad de defensa. Mientras tanto, el tiempo trabajaba contra él. Durante unos segundos la tensión se hizo tan angustiosa que todos creían sentir dentro de su cuerpo el palpitar de sus propios nervios. Y al fin aquella situación se rompió de la forma más espectacular e inesperada posible.

Fue Annabella quien la resolvió.

Saltando hacia uno de los muebles que había en la pieza, una cómoda de antiguo estilo, tiró de uno de los cajones fuertemente y extrajo un «Colt» negro del calibre 45, pulimentado y brillante como el pico de un buitre.

—¡Toma, Marlon! ¡Mátale! ¡Mátale de una vez!

Arrojó el arma por el aire a fin de que el capitán la alcanzara. Éste, como había hecho ya otra vez, sujetó el revólver hábilmente de forma que su índice entrara en contacto inmediato con el gatillo. En esta maniobra era un verdadero campeón. Hizo fuego una vez, y Rex se lo consintió para concederle también aquella ventaja. Lo único que hizo fue saltar de costado porque adivinó en qué dirección iban a llover los proyectiles. Éstos se clavaron en la pared del fondo como abejorros hambrientos. Luego Rex hizo fuego a su vez.

Hizo fuego, una, dos, tres veces.

El capitán Marlon recibió el plomo en el diafragma, en el cuello y a la altura del corazón. Su rostro dibujó una mueca de incredulidad y de estupor, mientras su derecha apretaba el gatillo otra vez. En realidad creyó que lo había apretado, pero la bala no llegó a brotar.

Entre un grito de horror de las mujeres y una unánime imprecación de los hombres, Marlon Schelley, uno de los oficiales más brillantes del Sur, cayó muerto ante el revólver de un hombre que para matarle había llegado desde las tierras enemigas del Norte.

Annabella apretó los labios, que formaron en su rostro como una línea desesperadamente seca, y cerró los ojos para no ver cuán rápidamente una mujer casada puede convertirse en viuda.

Luego se hizo el silencio, un silencio hosco, tenebroso. La voz de Rex lo rompió para decir:

—Asunto liquidado. Marlon ha caído con las armas en la mano, como debe caer un oficial. Descanse en paz.

—No es necesario que lleves tan lejos tu cinismo, Rex —susurró Annabella, sin abrir todavía los ojos.

—Por mí, descanse en paz —repitió Harley.

—Me temo que tenga usted bastante culpa en su muerte, *señorita* Annabella —musitó el general Bolden—, y conste que no me gusta decirle esto. Si usted no llega a sacar aquel atrevido revólver, es posible que ese condenado nordista no se hubiera atrevido aun a liquidar a Marlon. Y el *sheriff* está por llegar…

La línea que formaban los labios de Annabella se hizo aún más desesperadamente seca.

—Podía haberse callado su opinión, general —dijo Rex—. Si no llega a aparecer ese revólver, yo habría matado igualmente a Marlon Schelley. Usted me considera un caballero y no soy más que un perro vagabundo. Por lo tanto, no me obliguen a morder. ¡Hagan paso! ¡Fuera de aquí!

Todos se dispusieron a obedecer, pero en ese momento se ovó en la sala contigua el sonido que producían las recias pisadas de varios hombres. ¡El *sheriff* y sus ayudantes estaban allí!

—¡Ha llegado la hora de pagar, Rex! —aulló el general Brandon.

Todos los oficiales se lanzaron sobre el joven como un sola hombre. Este pudo haber disparado para cortar la avalancha, pero no lo hizo. Se limitó a empuñar el revólver por el cañón y empezar

a manejarlo como una maza. Los asombrados ojos de los atacantes se dieron cuenta entonces de que no estaban ante un hombre, sino ante un torbellino. El general Bolden recibió un culatazo entre las cejas y cayó a tierra con el frontal abierto. Al general Brandon le correspondió en el reparto un terrible mazazo en el tabique nasal que quedó roto entre terribles aullidos de dolor. A uno de los oficiales, Rex no tuvo más remedio que partirle los labios de un culatazo y hacerle saltar todos los dientes delanteros. Aunque intentaba no matar a nadie, porque aquellos hombres iban desarmados, el joven los mantuvo a raya de una forma tan implacable, que apenas treinta segundos después de haberse oído los pasos del *sheriff* todos los enemigos estaban en completa desbandada.

Pero quedaba el representante de la ley. Rex Harley sabía que aquello iba a terminar fatalmente con la horca. El único problema era saber cuánto podía resistir aún.

Al fondo de la habitación estaba la ventana que había empleado para entrar cerrándola después por dentro. Se dirigió a ella como una tromba.

—Lo siento, Annabella —sólo pudo balbucir al pasar, aun sabiendo que sus palabras no servirían de nada.

Un segundo más tarde había roto los cristales con su musculoso cuerpo, armando un estrépito que debió oírse de un lado a otro de la población. El *sheriff* y sus hombres estaban entrando en la sala, e hicieron fuego rabiosamente contra la figura del fugitivo.

Éste era ya como una sombra remota que se perdía entre las otras sombras que dibujaba bajo los porches el sol achicharrante de aquella tarde. El *sheriff* saltó por la misma ventana, y sus hombres le siguieron como una manada de lobos.

—¡Tirad a matar!

No hacía falta que lo dijera. Los agentes tenían ganas de darle gusto al gatillo aquella tarde. Hacía al menos una semana que no acribillaban a nadie en la pequeña ciudad, y eso era demasiado descanso.

Rex, sabiendo que estaba acorralado, hizo todo lo contrario de lo que hubiera hecho otro hombre en esas condiciones.

Cualquier otro, viéndose perdido, habría intentado refugiarse en cualquier local con pocas ventanas y desde allí vender cara su vida.

Pero a Rex Harley nunca le había gustado morir como una rata acorralada. Pensaba que un hombre debe ir hacia la tumba montado en un buen caballo, empuñando un revólver que no falla y a ser posible bien empapurrado de *whisky*, para olvidar el mal trago que siempre significa la muerte. De modo que saltó sobre uno de los caballos que había amarrados en una barra próxima, lo desató de dos hábiles movimientos y emprendió el galope con él. Pero en lugar de hacerlo en dirección contraria a la que seguían sus perseguidores, arremetió contra éstos.

Ni él mismo hubiera sabido decir si aquello era una locura o un intento de escapar de aquella situación por la única puerta que aún quedaba algo libre. Obró por instinto, como terminan obrando los que han nacido a lomos de un caballo y con un «Colt» entre sus primeras ropas. Si quería intentar algo, le era preciso evitar que sus perseguidores llegasen hasta el grupo de caballos que había en un amarradero cercano. Si lo lograba, viviría unos minutos más. Si fracasaba, iba a recibir tanto plomo que ni siquiera sentiría la picadura de las balas.

Acertó.

El *sheriff* y sus hombres, que se creían tan seguros de sí mismos, tuvieron un instintivo movimiento de retroceso al ver a aquel loco que se les echaba encima. Dispararon sus armas a ciegas, sin reaccionar, mientras Rex intentaba trazar con sus últimos proyectiles una barrera que obligara a sus enemigos a cobijarse nuevamente en la casa.

El de la estrella fue el primero en correr, y sus hombres le siguieron. La traca de disparos con que obsequiaron al fugitivo fue absolutamente ineficaz. Sólo consiguieron rozar una de las patas de su caballo, pero esto enardeció todavía más al animal, que se puso a correr como una liebre perseguida. Rex, manteniéndose a duras penas sobre la silla, disparó su última bala.

No vio hacia dónde la dirigía. Su único objetivo era obligar a sus enemigos a replegarse aún más. Pero en el momento en que iba a disparar oyó, o creyó oír, una voz de mujer:

—¡Cobardes! ¿Nadie va a ser capaz de perseguir a ese lobo? ¡Vamos, id tras él, jauría de coyotes!

Era la voz de Annabella. Una voz excitada no demasiado propia de una muchacha que viste sus tocas de desposada, pero

perfectamente adecuada para una mujer que ha visto caer muerto a su marido. En estos momentos, Annabella era como una leona herida.

Y Rex Harley disparó aquella última bala.

No vio a la muchacha. No tuvo tiempo de apuntar. La lengua de fuego de su revólver brotó como una última maldición de aquel trágico día. Annabella recibió el plomo en su carne mientras los que estaban a su lado lanzaban un grito de horror.

Rex Harley, sin saber a quién había alcanzado, siguió galopando desesperadamente. De haber tenido la mente más clara habría pensado sin duda que algo muy importante había tenido que suceder a su espalda para que los del *sheriff* no le persiguieran en seguida, pero en ese instante no lo pensó. La paralización que les produjo ver caer a Annabella la interpretó él como una falta de habilidad para perseguirle. Estaba seguro de no llegar demasiado lejos, pero por el momento la llanura infinita se extendía ante él. Todo dependía de lo que resistiese el caballo.

De pronto, un acontecimiento vino en su ayuda. La diligencia que llegaba de Tucson, en Arizona, se acercaba a la ciudad perseguida por una tropa de pistoleros. La ley era tan débil en aquel territorio y en aquella época, que los forajidos se permitían actuar en las puertas mismas de las ciudades. Desde la diligencia, varios hombres respondían al ataque con fuego graneado de «Winchester», y las bajas de los atacantes parecían numerosas a juzgar por el gran número de caballos sin jinete que seguían a la diligencia.

Al ver que una tropa compuesta por varios hombres salía de la población, a apreciable distancia, los forajidos optaron por la huida. Cada uno de ellos tomó una dirección, para mejor desorientar a sus enemigos, y en unos instantes la llanura se pobló de hombres que huían hacía las lejanas montañas. Rex Harley comprendió que ahora el *sheriff* y los oficiales sudistas no sabrían a quién perseguir, y que sus posibilidades de salvación habían aumentado muchos enteros. Rabiosamente espoleó su caballo. En sus labios sentía como un espeso sabor a sangre.

# CAPÍTULO II

## UNA BALA EN CAMINO

Después de la batalla de Gettysburg, el porvenir de la Confederación había entrado en su ocaso definitivamente. Derrotados sus ejércitos, aislados y reducidos por el hambre los Estados que aún permanecían unidos a la rebelión, la guerra había entrado en sus últimos episodios.

Al menos eso era lo que pensaban todos los que no conocían el terrible problema militar que estaba a punto de plantearse para los generales del Norte.

Una noche, el general más famoso de la Unión, nada menos que el general Grant, llamó a su despacho al coronel más joven que figuraba en sus regimientos de caballería. Aquel coronel tenía sólo veintinueve años y procedía de la academia de West Point, pero había ganado sus ascensos por excepcionales méritos de guerra. De todos modos, cuando aquella noche penetró en la tienda de su superior, parecía mucho más viejo. No era porque su piel se hubiese arrugado ni porque su figura resultase menos poderosa, sino porque sus ojos carecían de luz, porque parecía como si en ellos hubiese algo que había muerto mucho tiempo atrás.

—¿Puedo pasar, mi general?

—Pase, coronel Harley.

Rex entró.

Grant, el que un día llegaría a ser presidente de Estados Unidos, le miró fijamente, de pies a cabeza.

—Creo adivinar una cosa, coronel —dijo, sin preámbulos.

—¿Cuál, mi general?

—Usted es cualquier cosa menos un soldado. ¿Por qué eligió esa carrera? ¿Sabe a quién me recuerda? A esos pistoleros que asaltan diligencias y viven de su gatillo. No lo tome a mal, coronel. Es una simple impresión. Suele ocurrir eso cuando se mira a uno que es tejano de pies a cabeza.

Rex apretó ligeramente los labios y contestó:

—Gracias, mi general, si es que se trata de un cumplido.

—Yo no gasto cumplidos, coronel. Le he dicho esto porque desde hace tiempo siempre tengo la misma sensación al verle. Me pregunto: «¿Qué hace aquí ese hombre que debiera estar peleando a gatillazos en cualquier *saloon* de Nevada?». Bueno, si le he llamado precisamente a usted es a causa de esa sensación. Necesito un oficial a quien le guste convertirse en un pistolero.

—Creo que no he sido otra cosa durante toda mi vida, general —dijo, amargamente, Rex.

—¿Qué le ocurre a usted? —preguntó Grant—. Desde que volvió de aquella misión en Terrell no le he visto sonreír nunca más. ¿Tanto le disgustó tener que matar a aquel hombre?

—Lo maté en duelo legal y dándole el suficiente número de ventajas. No creo que haya ido al Más Allá con demasiados motivos de queja. Si estoy preocupado es por otra cosa.

—Lamentaría que fuese una cosa muy privada, coronel, porque de todos modos he de preguntárselo. Todo lo que pueda influir en el carácter de un oficial tiene importancia para la guerra.

En contra de su voluntad, Rex sonrió. Pero su sonrisa fue más bien una mueca que deformaba su rostro, como si por él hubiera pasado la huella de la muerte.

—Me temo que mi historia sea demasiado vulgar, mi general. Un hombre de su importancia no tiene que perder el tiempo en oírla. Estoy preocupado por una mujer.

—¿Por una mujer? ¡Vaya! ¡Ya decía yo que era usted un tejano de pies a cabeza! ¿Quién es esa mujer, si puede saberse?

—Se llama o se llamaba Annabella Lauren.

—¿Qué quiere decir con eso de «se llamaba»?

—No lo sé, mi general. Es más bien una sensación que no sé explicarme. Cuando escapaba de Terrell, después de cumplir la misión, oí un grito de mujer y disparé mi última bala. Desde entonces le juro que apenas he podido dormir. Es como algo lejano

e inconcreto, algo que no sé explicarme, pero que me persigue día y noche. Tengo la certidumbre de haber matado a esa mujer.

—Pero ¿usted lo vio, Harley?

—No vi nada. Sólo oí aquel grito y disparé inmediatamente. Pero ya he dicho que es una sensación, y a veces las sensaciones son peor que las realidades.

—¿Esa mujer vivía en Terrell?

—Sí, mi general.

—Pues lo siento, porque va usted a tener que quedarse allí. Terrell no es una gran ciudad, pero resulta clave para nosotros. Tengo que darle órdenes muy concretas, Harley. Siéntese.

Rex Harley, sin abandonar su triste actitud y su abatimiento, se sentó. El general Grant entonces, empezó a hablarle.

* * *

En el momento en que tenía lugar esta entrevista, Terrell no había sido tomada aún, pero estaba siendo batida por los cañones nordistas. El regimiento de infantería que protegía la ciudad tuvo que batirse en retirada, y copado unas millas más allá, fue deshecho y casi todos sus hombres muertos en una carga a la bayoneta.

Terrell y otras poblaciones de Texas quedaban a merced de los nordistas. Pero los guerreras azules no entraron en la ciudad, sino que se limitaron, a rodearla y seguir adelante después de dejarla limpia de enemigos.

Pero no absolutamente limpia. Un oficial con uniforme gris de la Confederación quedó apostado tras el gran anuncio de un *saloon* en un tejado, con un «Winchester» último modelo y dispuesto al parecer a vender cara su vida.

Nadie advirtió su presencia. Nadie supo cómo había llegado hasta allí. Pero lo cierto era que aquel oficial estaba dispuesto a permanecer en su sitio, y tenía intención de disparar contra el primer nordista que se atreviese a penetrar en Terrell.

El primer nordista que se atrevió a penetrar en la ciudad fue un hombre joven que montaba un caballo de abatido aspecto, como si ambos llegasen de un pesado viaje.

Aquel jinete llevaba un uniforme azul enteramente nuevo, aunque cubierto de polvo, unos entorchados de coronel sobre las hombreras, un revólver de reglamento y un pesado sable de carga.

También llevaba en los ojos una mirada perdida y gris, pero esto no se veía.

Desde lejos, divisó la ciudad silenciosa, las calles muertas y las ventanas cerradas como si Terrell hubiese sido dominada por una terrible peste. Los anuncios de los dos *saloons* que había en la entrada estaban rotos y deslucidos. En uno de ellos rezaba aún: «Vea usted a Mimí Belle, las piernas bonitas de Texas». Pero la imagen que el dibujante había trazado de la mujer estaba descolorida y con señales de recientes balazos. Las letras apenas podían distinguirse. Otro cartel anunciaba: «¡Entren aquí a cantar el himno del Sur con las muchachas más bonitas de Terrell!». Alguien había escrito debajo: «No entre. Todas son cojas».

La ciudad, estaba silenciosa y muerta cuando Rex Harley entró en ella nuevamente. Los cañonazos la habían respetado, pero la atmósfera de sus calles era tétrica, como la de un cementerio. Rex, que no había estado allí desde que llegara para matar a Marlon, sintió que se le encogía el corazón porque aquélla era su tierra.

El oficial sudista que estaba apostado tras el anuncio superior de uno de los *saloons* le dejó pasar. Quería estar seguro de no fallar el tiro, y para lograr esto, nada hay mejor que cometer la canallada de disparar a un hombre por la espalda. Para aquel oficial las canalladas no tenían ningún sentido. Esperó a que Rex hubiera pasado, a que se situara sin saberlo a la distancia ideal para el tiro, y entonces levantó su rifle.

Rex sabía que tras las ventanas, hombres y mujeres le estaban espiando en silencio. Trató de recordar cómo había sido antes aquella ciudad, verdadera cuna de pistoleros, e imaginó cómo sería en lo sucesivo. Por encima de todas las cosas, Rex amaba aquella tierra, y sentía un gozo en su corazón al pensar que por fin había llegado la paz. ¡Por fin había llegado la paz!

El disparo retumbó a su espalda como un seco trallazo. El enemigo había apuntado bien, y no falló, aunque tal vez no acertó a Rex en el punto más vulnerable. El joven sintió un picotazo en la pierna derecha, se ladeó instintivamente y en ese momento otro proyectil pasó aullando junto a sus oídos. A aquel movimiento instintivo debió Rex el que la nueva bala no le alcanzase. Se arrojó del caballo y extrajo su revólver de reglamento con una velocidad de pesadilla.

Mientras rodaba por el suelo vio a su enemigo. Éste se encontraba parapetado tras el anuncio de un *saloon*, y ahora, de pie sobre el tejado, se disponía a rematarlo. Rex hizo tres disparos vertiginosamente, tratando de alcanzarle, pero el otro no se estuvo quieto. Se dejó caer ágilmente sobre el tejado y un segundo después había desaparecido.

Rex Harley quedó tendido en el suelo de su ciudad natal, masticando el polvo, mientras de su pierna derecha brotaba incontenible la sangre de su herida.

Durante varios minutos, nadie acudió. Rex sabía que docenas de ojos le estaban mirando desde detrás de las ventanas cerradas, pero nadie quería prestarle auxilio, porque era un oficial nordista. Desde allí veía las blancas columnas de la hermosa mansión de Annabella Lauren. Haciendo un esfuerzo, trató de ponerse en pie y lo consiguió difícilmente. La herida, aunque no era grave, le molestaba. El joven dio unos pasos, llegó hasta uno de los porches de madera, y volvió a desplomarse. Supo entonces que no llegaría lejos.

Con el revólver todavía en la mano, miró a su alrededor.

—Puede soltar la artillería, amigo. Ahora no va a hacerle falta.

La voz había sonado a espaldas de Rex. Éste se volvió y vio a un hombre de unos cincuenta años, vestido de negro, sin más armas que un pequeño maletín que llevaba en la mano derecha. Guardó el revólver y preguntó:

—¿Quién es usted? ¿El sepulturero?

—Casi, casi Soy el médico titular de esta ciudad. ¿Usted es toda la tropa de ocupación que nos envía el Norte?

—Los soldados no entrarán hasta mediodía o quizá hasta más tarde. Es posible que no entren nunca, porque toda la tropa es necesaria más al Sur. Yo he penetrado en Terrell porque nací aquí. Todas las fieras quieren morir en el sitio donde nacieron.

—Pues ha estado a punto de conseguirlo, amigo. Aquel tipo tiraba a dar. Vamos, déjeme ver eso.

Se inclinó sobre él y examinó superficialmente la pierna. Nadie más aparecía en las calles, como si el médico y Rex estuvieran solos en toda la ciudad. El silencio había llegado a hacerse agobiante. Después de un breve examen, el de negro decidió:

—No puedo curarle esto aquí. Necesito extraerle la bala y para

eso es necesario que venga usted hasta mi casa. No está lejos de aquí, al doblar la esquina. Podrá usted llegar si se apoya en mi hombro.

—Gracias, pero no puedo comprometerle. Prefiero esperar a que lleguen mis compañeros.

—¡Bah! ¡Tonterías! No puede comprometerme a mí, que he curado a docenas y docenas de sudistas. Los heridos y, sobre todo, los muertos son todos iguales.

Rex se apoyó en el médico, y ambos caminaron trabajosamente hasta la inmediata esquina. Antes de que llegasen a ella, el de negro preguntó repentinamente:

—¿Usted es Rex Harley, verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Me llamaron para curar al último hombre con quien usted se enfrentó. Nada menos que el capitán Marlon Schelley. Claro que no pude hacer más que certificar su defunción, porque si todo el mundo tirara como usted, en esta tierra no harían falta médicos, sino tan sólo sepultureros. Me temo, amigo, que va usted a tener mala acogida en esta ciudad.

—Lo sé. Por eso estaré en ella el menor tiempo posible.

—¡Hum! Eso depende de la herida. De momento extraeremos la bala.

El consultorio de Tobías Martel —así resultó llamarse el médico — estaba bien instalado y contaba con todo lo indispensable. Rex, tumbado en una mesa, tuvo que permitir que le abriera el pantalón con un cuchillo, que le extrajera el proyectil con unas pinzas y que le cauterizara la herida con hierro al rojo. Estaba acostumbrado a aquellas salvajes curas y no se lamentó una sola vez. Cuando le hubo vendado, el médico susurró:

—No es usted mal paciente, amigo, pero me temo que va a tener que resignarse a una temporada de quietud.

—¿Qué dice?

—La herida no es grave, pero necesita cuidados. Si llega a declararse la gangrena, no habrá quien le salve la pierna. Quince días de reposo harán un milagro con usted.

—¡Pero eso es imposible! La guerra continúa y yo tengo que volver al frente de mi regimiento. ¡No puedo quedarme aquí como un caballo herido!

—Le ha dado con su petardo un oficial del Sur, ¿no? Pues a esto se le llama una herida de guerra. Tómelo como quiera y deje que sus jefes piensen lo que les venga en gana, pero no puede andar así. Necesita quince días de reposo.

El joven abatió la cabeza, comprendiendo que Tobías Martel decía la verdad. La herida le dolía horriblemente, y dentro de unas horas empezaría la fiebre. No había otro remedio que quedarse allí.

De todos modos, susurró:

—Me temo que no voy a ser un personaje demasiado popular en Terrell, amigo, y puede usted perder su crédito entre los vecinos. ¿No hay aquí algún lugar donde yo pueda descansar sin comprometerle?

El médico pareció considerar con atención aquella sugerencia. Pero al fin se decidió por el camino más recto.

—Nada de eso; no puede usted permanecer sólo durante este tiempo. Lo alojaré en esta casa, donde tengo dos habitaciones para enfermos, y estará bajo mi cuidado o el de mi enfermera, la señorita Nancy Forbes. En cuanto a los vecinos, no se preocupe usted por ellos.

—La verdad es que de todos modos me preocupa, señor Martel.

—Está bien, dejemos esto para otro día.

Le ayudó a entrar en la habitación del fondo de la casa, le quitó las botas y, tras ayudarle a desnudarse por completo, le proporcionó ropa limpia y cuanto pudiese necesitar. Minutos después, Rex Harley estaba en el lecho, sudando de fiebre y sintiendo como si el dolor de su pierna se transmitiera a todo su cuerpo. Parecía increíble que el que poco antes entrara como triunfador en la ciudad conquistada, no fuese ahora más que un pobre herido al que hasta un niño podía exterminar.

Con un último esfuerzo, antes de cerrar los ojos, Rex tomó su revólver de reglamento y comprobó que en su cilindro aún seguía habiendo balas. Luego lo puso sobre la mesilla, al alcance de su mano. Hecho esto, la fatiga le venció y tuvo que cerrar los ojos.

Al abrirlos, tuvo la sensación de que había transcurrido muchísimo tiempo. Un sol tímido y agonizante penetraba por la ventana abierta de la habitación. El joven vio como una sombra inclinada sobre el lecho y tendió la mano para sujetar el revólver. No lo encontró en su sitio.

—Es inútil, señor Harley. Aquí no va a necesitar ese cacharro.

Rex se volvió entonces en la dirección en que había sonado aquella voz. Era una voz de mujer.

# Capítulo III

## Inutil Para Matar

La mujer podía ser una enfermera, pero no vestía como tal. Llevaba un ajustado vestido negro, zapatos de alto tacón y guantes hasta media manga. Aunque su atuendo no era provocativo, hubiera levantado aullidos de entusiasmo en algunos ambientes. Tenía una sonrisa fría, lejana, un poco indiferente. Sus cabellos eran de un color rubio oscuro, casi castaños. Sus labios eran intensamente rojos y parecían estar prometiendo algo que no darían nunca.

Aquella extraña aparición se sentó en el borde del lecho de Rex Harley, cuidando de no arrugarse un solo pliego de su vestido, y sonriendo con indiferencia, preguntó:

—¿De modo que usted es el famoso Rex Harley?

—Sí, yo soy Rex Harley, pero puede ahorrarse lo de famoso. Y ahora permítame que le haga a mi vez una pregunta con toda cortesía y educación: ¿Quién cuerno es usted? ¿De dónde diablos ha salido?

La mujer no se inmutó. Sólo su sonrisa se hizo un poco más cuadrada.

—Soy Nancy Forbes, la enfermera y ayudante del doctor Martel.

—Pues no lo parece.

—Vengo de una fiesta, no de cuidar enfermos. He entrado aquí por casualidad a ver cómo se encontraba, y he notado que se estaba despertando. Otro día, cuando note algo parecido, me pondré una bata blanca antes de que abra los ojos, para causarle mejor impresión. ¿Cómo se encuentra?

Rex se pasó la mano derecha por la cara, donde ya empezaba a

marcarse una espesa barba. La pierna apenas le dolía, pero no podía moverla. Terminó encogiéndose de hombros con indiferencia.

—No sé cómo me encuentro. Eso tal vez pueda decírmelo usted. ¿Cuánto tiempo llevo sin sentido?

—No mucho. Dos días.

—Es extraño. Otras dos veces me han herido las balas y nunca he estado desvanecido tanto tiempo.

—El doctor Martel debió administrarle algún calmante. Sus curas son eficaces, pero muy dolorosas. Deje que compruebe la temperatura.

Por lo visto, no necesitaba termómetro. Puso su mano derecha sobre la frente del herido y Rex sintió el contacto suave y frío sobre su piel ardorosa. Aquello le hizo estremecer con una sensación extraña y casi desconocida.

—¿Sabe que esto es peligroso? —susurró.

—¿Por qué?

El retiró de su frente la mano de la muchacha, y durante unos instantes la estrechó con fuerza. Ella le miraba fijamente a los ojos sin miedo, sin pestañear. Pocas veces había visto Rex una mirada tan firme e intrépida como aquélla.

—¿De modo que usted es el famoso Rex Harley? —preguntó Nancy otra vez.

—Ya le he dicho antes quién soy. Y repito que no comprendo lo de «famoso».

—Todo el mundo en Terrell habla de usted.

—¿Puedo saber por qué causa?

—¿Hace falta preguntárselo? Ésta es una tierra que pertenece al Sur, y usted es un perro nordista. En Texas lodos nuestros enemigos son famosos… hasta que los matamos.

El dejó que la muchacha retirara suavemente la mano que aún retenía entre las suyas.

—Usted es partidaria de la Confederación ¿no es cierto?

—Mis padres murieron al principio de la guerra. No fue agradable quedarme sola, créame. Mi familia disponía de miles de acres de tierra y de más de cuatrocientos esclavos. Lo hemos perdido todo.

—Me alegro por los esclavos —musitó Rex.

Ella se puso en pie casi violentamente.

—Llegará un día, si es que usted permanece en Terrell, en que deseará ser mi esclavo, señor Harley. Esos hombres no eran tan desgraciados y… por lo menos tenían el privilegio de verme. No crea que eso se lo concedo a todo el mundo.

Iba ya a abrir la puerta para marcharse cuando Rex la detuvo con un movimiento de su diestra.

—Quisiera preguntarle todavía una cosa, señorita Forbes.

—Si es algo sobre el mejor modo de ahorcarse, le contestaré con mucho gusto.

—Cuando ha entrado usted aquí no parecía tan resentida conmigo.

—He intentado pensar ante todo que soy una enfermera y que debo atender a los pacientes del ductor Martel, pero no he podido conseguirlo. Por encima de todo es usted un enemigo de esta tierra, cochino Harley.

Hizo girar el pomo de la puerta. La voz del hombre la volvió a detener.

—Espere. Todavía no le he preguntado lo que quería.

—Hable.

—Quiero preguntarle por una señorita llamada Annabella Lauren.

—Por una señora, querrá decir. Se trata de una viuda. ¿O lo ignoraba usted, coronel Harley?

—Yo no ignoro nada —respondió él, secamente—. Sólo quiero saber cómo está ella.

—Más vale que lo vea por sí mismo, coronel —dijo j Nancy, señalando los dientes en una extraña mueca.

Rex se dejó caer en el lecho y respiró aliviado.

«Si puedo verlo por mí mismo es que no está muerta. Todos mis pensamientos eran infundados», se dijo.

Cuando volvió de nuevo sus ojos hacia la puerta, Nancy Forbes había desaparecido ya. En su lugar se recortaba la figura de Tobías Martel, vestido de negro, como siempre.

—Buenas noches, coronel. ¿Cómo se encuentra?

—Según su enfermera, mejor de lo que yo mismo creía.

El médico cerró la puerta tras sí y se aproximó a la cabecera del lecho.

—No haga caso de Nancy. Es una fanática sudista, pero buena

muchacha en el fondo. Aunque le haya dicho que se ahorque, no será ella quien le dé la cuerda.

Hizo descubrir a Rex y le examinó la herida.

—Vaya, ha estado de suerte —dijo al cabo de un rato—. Parece como si el que tiró contra usted hubiese tenido interés en no hacerle demasiado daño. Nunca he visto una bala clavada en este sitio y destrozando menos cantidad de músculo que ésta.

—Tendré que darle las gracias a mi enemigo, ¿no?

—Es probable —dijo el doctor Martel, con acento misterioso.

—¿Qué quiere decir?

—Solamente esto —el médico extrajo un sobre de uno de los bolsillos de su levita y lo tendió a Rex—. Se trata de una comunicación militar. Imagino que contiene malas noticias, porque en estas cosas siempre sucede así. Lamento ser yo el que tenga que dárselo, pero el correo militar la ha dejado en mis manos hace apenas unos minutos.

Rex rasgó el sobre y extrajo la hoja de papel doblado que era su contenido. Efectivamente, se trataba de una comunicación militar, y en ella se le decía que habiendo sido declarado inútil temporal a causa de su herida, debería permanecer confinado en Terrell hasta el día de su restablecimiento. Se le aconsejaba que, por tratarse de territorio últimamente ocupado al enemigo, no usase ni su uniforme ni sus distintivos militares.

Los dedos que sostenían la carta se abrieron sin fuerzas, y el papel cayó al suelo. Martel se inclinó para recogerlo.

—Lo que me temía. Son malas noticias, ¿eh?

—Lea usted mismo.

Martel leyó y terminó depositando el papel sobre la mesilla.

—Debo compadecerle, amigo. Al parecer, el ejército prescinde muy pronto de usted. Ni siquiera se han molestado en enviarle a un médico militar para que lo examinara.

—Ya lo enviarán. Pero lo extraño es que hayan conocido tan pronto la gravedad de mi herida.

—Quizá yo tenga algo de culpa en eso —reconoció el doctor Martel—, porque di parte después de recogerle a usted. De todos modos, confío en que pronto podrá volver usted con su regimiento.

—Eso no tiene importancia ahora. Quisiera hacerle dos preguntas, doctor Martel.

—Hable.

—La primera es cuántos días tendré que permanecer aquí.

—Había pensado quince, pero visto el cariz favorable que presenta la herida, es posible que antes de ocho pueda dar unos pasos. Si quiere aceptar un consejo, no se dé prisa en salir de aquí. La ciudad está llena de fugitivos del Sur vestidos de paisano, sobrados de plomo y de ganas de matar. Si entra en algún *saloon*, es posible que no vuelva a salir de él.

—Eso no me preocupa, doctor Martel. ¿Puedo hacerle ahora la segunda pregunta?

—Naturalmente, hágala.

—¿Qué ha sido de Annabella Lauren?

Rex vio que por los ojos del hombre vestido de negro pasaba algo que habría dicho era una nube de terror.

—¿Qué ha sido de ella? ¿Por qué no me contesta?

—Más vale que en su día lo vea usted por sí mismo, señor Harley. Y ahora hablemos del tratamiento que hay que seguir.

Rex apretó con fuerza uno de los brazos del médico. En sus ojos había como un brillo de fiebre.

—¡Contésteme!

—No quiero responder a esa pregunta. Usted tiene que salir de aquí, ¿verdad? Pues entonces verá lo que ha sido de Annabella Lauren. Hasta entonces no se preocupe por ella.

La presión de los dedos de Rex sobre el brazo del médico se hizo casi dolorosa.

—¡Le digo que me conteste a esa pregunta!

—¡Y yo le digo que no puedo contestarle!

Tobías Martel se desasió bruscamente, y por sus ojos pasó como una llamarada de miedo y al propio tiempo de irritación. Le disgustaba que alguien le zarandease como había hecho Rex. El joven volvió a dejarse caer sobre el lecho y con voz apagada susurró:

—Lo siento, Martel. Perdóneme. Y ahora, si puede hacer algo porque esta situación termine pronto, hágalo.

El médico volvió a inclinarse sobre él y le practicó una dolorosa cura. Rex Harley, con los ojos perdidos en el techo de la habitación, ni siquiera pestañeó cuando los instrumentos metálicos penetraron en su carne. Parecía como si una parte muy importante de sí mismo

acabara de morir. Por fin, el doctor Martel lo vendió y le administró un nuevo calmante.

Unas horas más tarde, a Rex le sobrevino un extraño sopor. Sin duda el calmante del doctor Martel contenía un narcótico para hacerle descansar y obligarle a que no se moviera de allí. Durante dos días más, el joven despertó sólo a intervalos, consumiendo los escasos alimentos y medicinas que el propio doctor Martel le proporcionaba. Nancy Forbes no entró en la habitación ni una sola vez.

Llevaba ya cinco días en cama cuando el doctor Mariel opinó:

—Está usted mucho mejor de lo que creía, amigo. Su carne parece lubricada a prueba de balas. Si esto sigue así, dentro de un par de días podrá usted andar.

Rex Harley cerró los ojos al oír aquellas palabras. ¡Dentro de un par de días! El tenía sus propios pensamientos y estaba dispuesto a no aguardar más.

Aquella noche, después de largas horas de soledad, Rex saltó del lecho, se puso en pie y comprobó que su pierna herida resistía todo lo necesario. Claro que no podría correr, ni sallar, ni siquiera montar a caballo, pero podría caminar por la población y eso era ya bastante.

Después de varios ensayos satisfactorios con la pierna herida, Rex se vistió con las ropas de vaquero que encontró dentro de un armario en la misma habitación, y que no le caían mal. Hasta las botas tejanas eran más o menos de su medida. Rex salió al patio posterior de la casa, donde no parecía haber nadie en aquellos momentos. En el centro de ese patio existía un pozo, y sobre todo el lugar descansaba una hermosa noche estrellada. Rex volvió al interior de la casa para proporcionarse una navaja de afeitar, una toalla, jabón y dos revólveres. Lo encontró todo, puesto que el médico parecía estar bien surtido. Los revólveres eran «Colt» del 45 en buen uso. Una adecuada ración de plomo brillaba en los cintos canana. Rex se sintió fuerte otra vez al notar en sus costados el peso tranquilizador de los revólveres.

Después de lavarse y asearse, buscó una puerta por la que pudiera salir a la calle. Al parecer, Tobías Martel vivía solo, y Nancy no iba a ayudarle más que en determinados momentos. Ningún obstáculo se ofreció en el camino de Rex. Éste salió a la

calle por la puerta principal de la casa y poco a poco se dirigió hacia las luces que señalaban el centro de la ciudad.

Un eco ensordecedor de disparos señaló su llegada.

# Capítulo IV

## LA Ciudad Sanguinaria

Terrell había cambiado mucho en tan poco tiempo.

Cuando Rex Harley entró a caballo en la ciudad, ésta le había dado la sensación de un inmenso cementerio. Ahora le pareció un fenomenal garito. Los anuncios de los *saloons*, que estaban rotos y despintados pocos días antes, volvían ahora a lucir sobre las fachadas, junto a un manantial de luces, mujeres hermosas y provocativas, pintadas por algún hábil dibujante, sonreían desde estos carteles. Los establecimientos de juego y de diversión, que siempre habían abundado en Terrell por estar la ciudad en la ruta ganadera, se encontraban ahora en pleno funcionamiento. Músicas, gritos, canciones y disparos se escuchaban por todas partes. El Oeste volvía a palpitar en la ciudad. La verdadera ciudad del Oeste era aquélla.

Rex encaminó sus pasos lentamente hacia el mejor hotel de la población. Por lo menos cinco individuos con aspecto de pistoleros estaban sentados en el porche. Varios de ellos aún llevaban prendas de uniforme pertenecientes al Sur, y sus revólveres y cuchillos brillaban de puro bien cuidados.

Rex se encaminó hacia el mostrador del encargado de recepción, y dijo:

—Quiero una habitación amplia y con vistas a la calle. Pienso permanecer en la ciudad bastante tiempo.

—Perfectamente, disponemos de una que le gustará. ¿Su nombre, si es que puede darlo?

—Puedo darlo. Me llamo Rex Harley.

El encargado de recepción entrecerró los ojos.

—¿Se llama Rex Harley y piensa estar mucho tiempo en la población? Me parece usted un optimista, amigo.

—Puede. Y puede que me quede en Terrell por toda la eternidad.

—Eso es más fácil. Casualmente tiene usted la habitación número trece. Le deseo felices sueños.

Rex tomó la llave que le tendía y antes de subir a la habitación hizo una pregunta:

—¿No hay demasiada gente en Terrell? Hace dos días ésta era una zona batida por los cañones y ahora hierve de animación. ¿Qué es lo que ocurre?

—Sencillamente, que el ejército del Sur está en derrota y que sus hombres pululan por todas partes sin conservar otra cosa que sus armas. ¿Ha visto usted algún sitio donde haya pistoleros y no haya mujeres, bebida y música? Pues esto es lo que ocurre en Terrell.

Rex asintió con un seco movimiento de cabeza, y subió a su habitación.

La número trece no era ni mejor ni peor que las otras, pero presentaba señales de no haber sido ocupada durante largo tiempo. Sin duda el número había influido en eso. Las paredes olían a humedad, y Rex abrió la ventana. El bullicio de la calle llegó en seguida hasta él, mezclado con el rugido ensordecedor de los disparos.

Rex estaba haciendo una locura, y lo sabía. Al fin y al cabo, sólo locuras había habido siempre en su vida.

Revisó la carga de sus revólveres y salió a la calle.

Docenas de jinetes borrachos galopaban ahora por ésta disparando al aire. Por lo visto, al no existir tropas nordistas en aquella ciudad, todos los fugitivos de la Confederación se habían reunido allí. Rex contó en los porches, por lo menos, treinta individuos con aspecto de pistoleros profesionales. La vida en la ciudad iba a ser divertida.

Los pasos lentos del joven lo llevaron hasta el extremo de la calle frente a la casa donde habitaba Annabella Lauren. Un extraño sentimiento había empujado a Rex hacia allí. Se dio cuenta de que en una de las ventanas había luz y sintió una vehemente necesidad de entrar en la casa. Pero al fin logró dominarse, dio media vuelta y

encaminó sus pasos hacia un *saloon*.

En los carteles colocados a la puerta se anunciaba que estaban actuando allí como bailarinas treinta distinguidas señoritas de Nueva York, las cuales habían llegado especialmente para deleitar al selecto público de Terrell.

Cuando Rex Harley entró en el *saloon*, el selecto público de Terrell se estaba exterminando a balazos en el interior del local. Las mesas yacían volcadas, las botellas eran rotas a docenas, y por lo menos seis muertos yacían en el suelo, en las más grotescas posturas. Las mujeres chillaban aterrorizadas, y el pianista que había junto al escenario estaba haciendo todo lo posible para colocarse detrás de su instrumento. Una bala le alcanzó antes de que lo hubiese conseguido, dejándolo muerto sobre las teclas. El peso de sus manos sobre éstas produjo un sonido que fue como un himno funeral.

Rex se acercó tranquilamente a la barra, apartó a un muerto que estaba de bruces sobre ella y pidió:

—*Whisky*.

Como nadie le servía, repitió:

—¡*Whisky*!

Las balas silbaban a su alrededor, y la pelea no tenía aspecto de ir a terminar de ningún modo. Rex se apoderó de una botella que tenía al alcance de su mano, rompió el gollete contra la barra y empezó a beber a borbotones, como un pirata. Inmediatamente se sintió más animado.

Cinco minutos después, cuando ya se había bebido casi toda la botella, la pelea terminó. Rex examinó de soslayo los cadáveres y observó que casi todos pertenecían a comerciantes de los que normalmente van tras los ejércitos. Aquello no había sido más que un asesinato en masa. Hombres que aún llevaban prendas del uniforme confederado se pusieron a robar a los muertos. Alguien que sabía aporrear un piano, desalojó al pianista muerto de un puntapié y se puso a interpretar una melodía alegre, a pesar de que cada vez que tocaba determinadas teclas sus dedos se manchaban de sangre. La animación en el local volvió a resucitar como si nada hubiese ocurrido.

Rex, que estaba indolentemente apoyado de espaldas en la barra, observó cómo los asesinos despojaban a los muertos. Uno de

los pistoleros, un tipo gigantesco con barba rubia de varias semanas, le llamó especialmente la atención por haberle visto matar a dos hombres. Con una sonrisa fría y cuadrada, Rex le preguntó:

—¿Se obtiene mucho de esa mina de oro?

El gigante levantó la cabeza y le miró como quien mira a un insecto.

—¿A ti qué te importa?

—Estoy pensando que podríamos explotar ese filón a medias.

—¿Sí, guapo? ¿De qué modo?

—Tú quitas a ese cadáver todo lo que lleva encima, te lo colocas en los bolsillos y luego yo te lo quito a ti. Después de matarte con finura, naturalmente. Me disgusta emplear la violencia para quitarle a alguien cualquier cosa.

La reacción del gigante fue instantánea. Ni el mismo Rex, que estaba acostumbrado a ver pelear a los peores canallas del Sudoeste, pudo imaginar una cosa semejante. El de la barba rubia se incorporó mientras levantaba el cadáver en sus brazos, y lo arrojó repentinamente contra el joven, igual que un proyectil. Rex sufrió el impacto en mitad del pecho, su pierna falló y cayó al suelo. Su enemigo extrajo entonces un «Colt» con dos movimientos precisos y centelleantes.

Rex no necesitó dos movimientos. Sólo uno. Hizo un quiebro con el brazo derecho y disparó a través de la funda. Un botón rojo se marcó instantáneamente entre las dos cejas de su enemigo. Éste murió sin darse cuenta de que moría, y entró en el Más Allá disparando como un loco. Creyendo que mataba a docenas de enemigos. Lo cierto fue que cuando su cuerpo cayó al suelo, Rex había dibujado ya sus iniciales a balazos sobre el pecho, en una fantástica exhibición de puntería que dejó boquiabiertos y atónitos a todos los clientes del *saloon*. Un silencio espantoso se hizo entonces a su alrededor.

Rex se puso en pie lentamente y recargó los revólveres con movimientos tranquilos. A pesar de que mientras hacía esto estaba casi indefenso, nadie se atrevió a enfrentarse con él.

El mozo que atendía a la barra se acercó pausadamente para ofrecer:

—¿Más *whisky*, amigo? La casa paga.

—He bebido ya bastante, pero acepto la invitación para otro día.

¿Qué clase de gentuza se ha reunido en este *saloon*?

—Fugitivos del Sur y pistoleros que quieren aprovechar las ocasiones. Dentro de una semana hasta los más inocentes se habrán convertido en unos asesinos, pero pagan y eso es lo único que me interesa.

En este momento, tres hombres que llevaban al cinto revólveres último modelo se acercaron pausadamente al joven. El ruido cantarín de sus espuelas fue durante unos minutos lo único que se escuchó en el local.

—¿Quién te has creído que eres, nene? ¿El nuevo *sheriff* de Terrell?

—No soy más que un hombre que quiere beber en paz unas cuantas copas —susurró Rex Harley—, pero si para conseguir la paz tengo que convertir esto en un cementerio, lo haré.

Los tres hombres se distanciaron un poco entre sí. Por sus movimientos y la forma de arquear los brazos, se adivinaba que iban a «sacar» de un momento a otro. Estaban seguros de que Rex no podría nada contra los tres. En apariencia, aquello iba a ser un simple asesinato.

—¿Quién eres? —preguntó el mismo que había hablado la primera vez—. ¿Y cuánto dinero llevas encima?

—Cerca de quinientos dólares, pero de ellos he de pagar al médico que me ha curado una pierna, de modo que para vuestro entierro no podré gastar tanto dinero como me gustaría.

Uno de los pistoleros se puso a reír. Tuvo una risa larga y ululante, igual que las de las hienas.

—Pero ¿estás loco? ¿Piensas matarnos a los tres?

—Si no tengo nada más divertido que hacer, sí.

Sus enemigos se encorvaron un poco, buscando ya postura ideal para sacar las armas. En este momento, uno de los espectadores gritó:

—¡Este hombre es Rex Harley, un auténtico pistolero! ¡Él fue quien mató al capitán Marlon!

El de la barra se atrevió a preguntar:

—¿Eso es cierto?

—Sí —musitó Rex.

Entre el grupo de fugitivos del Sur que había en el local, se formó un instantáneo revuelo.

—No tengo nada contra vosotros —dijo Rex, secamente—, mientras no os convirtáis en unos pistoleros y en unos asesinos. Pero si vuelve a ocurrir lo que he visto hace un momento, os exterminaré como a ratas uno tras otro. Merecíais el piquete de ejecución, pero por no haceros sufrir os descalabraré de un balazo en la cabeza. El que quiera vivir que vuelva a su tierra o que se largue a México. Pero en Texas no hacen falta asesinos y cuatreros. Si alguno quiere serlo a pesar de todo, yo pagaré por adelantado el dinero para su tumba.

Hubo otra vez en el *saloon* un angustioso y obsesionante silencio. Los tres pistoleros lo rompieron para decir a la vez:

—¡Ahora!

Los movimientos fueron simultáneos y tan exactos como si alguien los hubiera trazado con un compás. Se adivinaba que aquellos tres hombres estaban acostumbrados a actuar en grupo. Pero Rex no se inmutó.

La precisión con que se movió a partir de aquel momento fue tan admirable y exacta, como la de un aparato de relojería cuyas manecillas hubieran de juntarse en un punto llamado muerte.

Con el revólver izquierdo batió la zona en que estaba uno de sus enemigos. Con el revólver derecho, la zona en que se hallaban los otros dos. Fue una simple cuestión de velocidad, de precisión, de temple. Las balas rociaron las zonas que Rex había determinado con una precisión implacable. Sólo uno de sus enemigos consiguió disparar, pero lo hizo al suelo, cuando ya caía. Los otros recibieron plomo en la cabeza y a la altura del corazón. El que había conseguido disparar lo recibió en la cadera antes. Quiso revolcarse y Rex lo eliminó de un balazo que le atravesó el cráneo de parte a parte, para no hacerle sufrir.

Sus tres enemigos le habían durado menos de diez segundos. Quizá no se había conocido nunca en Terrell un hombre que disparase con aquella fría e implacable decisión. Todos los espectadores estaban asombrados, como si se encontrasen ante una máquina infernal construida para sembrar la muerte.

Rex dejó caer suavemente los revólveres en las fundas y pidió:

—Más *whisky*. Y busquen al sepulturero. Corro yo con todos los gastos.

Mientras bebía, uno de los fugitivos del ejército sudista gritó:

—¿Vamos a consentir que ese hombre siga viviendo? ¡Es un maldito enemigo! ¡Hay que acabar con él!

Rex silabeó:

—No tengo nada contra vosotros, muchachos. Lo he dicho ya una vez y no pienso volver a repetirlo. La guerra ha terminado en esta ciudad para los soldados, pero no para los asesinos. Si alguno de vosotros empuña el revólver para algo que no sea legal, juro que le mataré.

—¿Y no es legal matarte a ti, perro? —Inténtalo.

Varios sudistas se aproximaron, con los brazos arqueados sobre sus armas. Se adivinaba la inminencia terrible de otro duelo. Por el contraste con el silencio anterior, se escuchaba ahora en el *saloon* un terrible griterío. Unas voces reclamaban la muerte, mientras que otras exigían paz. Por unos instantes, la confusión fue indescriptible en el *saloon*. Rex comprendió que a pesar de todo tendría que volver a defender su vida y se aprestó a hacerlo. Los gritos y denuestos atronaban en sus oídos. Y de repente, una voz exigió:

—¡Silencio!

No era una voz fuerte, pero tenía algo que la hacía destacar por encima de las otras. Quizá era su timbre argentino, su extraña y dulce sonoridad. Lo cierto fue que en aquel trágico momento, cuando las manos ya iban a volar hacia los revólveres, todos enmudecieron.

Rex, sorprendido, miró hacia los batientes de la puerta, donde había sonado aquella voz.

Lo que vio le hizo lanzar una exclamación de incontenible asombro.

Entre el humo del tabaco y el de la pólvora, en medio de aquel ambiente de pesadilla, Rex Harley, el hombre con alma de pistolero, vio el rostro dulce de Annabella Lauren.

Y no sólo su rostro.

Vio también su cuerpo. Vio también su hermoso cuerpo quieto y doblado sobre una silla de ruedas.

# CAPÍTULO V

## LA MUJER SOLITARIA

Rex Harley fue a decir alguna cosa, pero las cuerdas de su garganta parecieron romperse. Algo sacudió sus músculos, algo destrozó sus nervios y llegó a quemar hasta el fondo de su sangre. De repente él, que tenía una mirada tan serena, sintió que todo el mundo daba vueltas a su alrededor. Tuvo que apoyarse en la barra del *saloon*, porque de lo contrario hubiese caído. Entre el silencio terrible que se había hecho en derredor suyo, la imagen tan deseada de Annabella Lauren fue para él como una visión de pesadilla. Sin llegar a creer en lo que estaba presenciando, susurró:

—No… no es posible.

Annabella le miraba también, pero en sus ojos no había ninguna luz especial y ninguna expresión de sorpresa, como si sobre su silla de ruedas estuviese más allá de la vida y la muerte.

Detrás de Rex, el dueño del *saloon* musitó:

—¿Qué hace usted aquí, señorita Lauren?

—He oído decir que en la ciudad había un pistolero muy especial, un pistolero que siente una gran predilección por la piel de los hombres que acaban de casarse. Mató a uno de ellos hace tiempo. ¿O me equivoco, señor Harley?

Rex sentía en la garganta algo que no le dejaba respirar.

—No debió haberse acercado aquí, señorita Lauren —dijo el dueño—. Es peligroso.

El que estaba al piano se volvió unos instantes para decir:

—De todos modos, me alegro que haya venido. A pesar de su silla de inválida, es bastante guapa.

Rex Harley sintió como si una nube roja pasara por delante de sus párpados. La sangre se le agolpó en el cerebro y envió contra el pistolero una de las pocas balas que le quedaban. Disparó a través de la funda y sin tirar a matar, porque quería que aquel tipo se acordase siempre de lo que había dicho. El proyectil le arrancó por completo una de las orejas, marcándole para siempre. Con un aullido de dolor, el granuja empezó a revolcarse por el suelo.

Annabella Lauren no quiso ver más y desapareció tras los batientes después de una rápida media vuelta en su silla de ruedas.

Rex tenía la boca tan seca que le hubiera sido imposible hablar.

Depositó maquinalmente cien dólares sobre la barra y dijo:

—Para que entierren dignamente a los muertos.

Igual que un autómata, salió de allí. El mundo seguía dando vueltas a su alrededor. Necesitó hacer un gran esfuerzo para divisar la silla de ruedas de Annabella Lauren, a pesar de que la muchacha aún no podía haber llegado muy lejos.

Al oír el ruido metálico de las espuelas del hombre, la muchacha dejó de hacer presión sobre las ruedas. La silla se detuvo con un suave chirrido de cables.

Sin volverse, musitó:

—¿Qué quieres, Rex?

El avanzó dos pasos y se puso frente a la muchacha. La luz de un lejano farol se proyectaba sobre sus cabellos cenicientos, Sobre sus labios rojos, sobre la curva suave y dulce de su cuello. Era como una flor muerta, era como una estatua demasiado completa a quien alguien hubiera destrozado las piernas en el momento de ser terminada. Rex, con una mirada que le hizo estremecer, vio la manta que cubría a Annabella desde la cintura para abajo, y cuando elevó otra vez los ojos hacia el rostro de la muchacha, algo parecía haber muerto en él.

Annabella repitió:

—¿Por qué has venido, Rex? ¿Y qué quieres?

El no contestó. No podía contestar. Sólo logró formular una pregunta.

—Annabella… ¿es eso cierto?

—Si te refieres a que ahora soy una pobre paralítica, sí, es cierto.

—Pero ¿por qué? ¿Qué burla del destino es ésta? ¿Cómo tú, que

eras toda belleza, toda salud, tienes que verte reducida ahora a ser transportada en una silla de inválida?

—Hasta los hombres más fuertes mueren cuando se les envía una bala bien dirigida, Rex. Hasta las mujeres más hermosas son destruidas, cuando un plomo penetra bajo su piel.

—Pero ¿quién ha hecho eso? —Los presentimientos más terribles se agolpaban como caballos desbocados en la mente de Rex—. ¿Quién ha podido hacer esa salvajada?

Fue entonces cuando los labios de la muchacha se movieron para decir:

—Tú.

* * *

Aquel hombre que había vivido siempre pendiente de su gatillo, que creía tener ya el alma seca de tanto ver morir y matar, sintió ahora que una angustia terrible le destrozaba el corazón, y al mismo tiempo una especie de ternura se apoderaba de él igual que si fuese un niño.

—No puede ser —barbotó—. Yo no he disparado contra ti jamás.

—¿De veras lo crees, Rex?

—Claro que pienso así. ¿Cómo es posible que yo pueda apretar el gatillo pensando en hacerte daño? ¿Cómo crees que podía haber estado lo bastante loco para…?

—… Para matar a Marlon Schelley en el mismo día de su boda, ¿no es cierto?

Rex se llevó una mano a los ojos.

—Marlon estaba condenado a muerte. Era ya un cadáver cuando subió contigo al altar. Lamento haber tenido que matarle en el mismo día de su boda, pero no hubo otro remedio. Vosotros fijasteis la fecha, yo no. Y la muerte no entiende de ceremonias.

—Eres tan canalla como lo fuiste siempre, Rex —musitó ella, quedamente—. La vida es para ti una aventura que en cualquier momento puede terminar con un balazo. Incluso te parece que de otra manera la vida no tiene sentido. Habrías matado a Marlon otra vez caso de recibir órdenes para ello, ¿no es cierto?

—Sí. Pero nunca hubiese disparado contra ti. ¡Nunca!

—Sin embargo, lo hiciste, Rex.

—No puedo creerlo. ¿Cuándo lo hice? ¿Por qué?

—Es estúpido recordar estas cosas, como si nos divirtieran. Pero te lo voy a explicar. Cuando tú galopabas hacia la llanura, huyendo del *sheriff*, hiciste un último disparo. No sé si apuntando o no, pero la bala me alcanzó a mí, que acababa de salir de la casa. No tuve la suerte de que me matara. Simplemente me causó una lesión en la columna vertebral, y después de varias curas desesperadas he perdido ya la fe en una vida mejor. No soy más que una inválida, Rex, una inválida que se divierte yendo en su silla de ruedas por esta especie de infierno, viendo caer muertos a hombres que son más felices que ella. —La voz de Annabella era como un susurro—. No te guardo ningún rencor, Rex, puesto que los hombres como tú sólo sirven para repartir la destrucción a su paso. Es igual que quejarse del rayo porque mata. Tú naciste como eres y así morirás. Buenas noches, Rex. Lo único que te pido es que te alejes de la ciudad. No quisiera que una bala, en vez de matarte, te dejara como a mí. Haríamos una mala pareja.

Rex tenía ahora la sensación de estar flotando en el aire. Una atmósfera irreal lo envolvía y en aquella atmósfera se ahogaba su vida entera. Pudo oír los latidos de su propio corazón como si tuviera en el pecho una campana de goma, que latiera sordamente. Tuvo la sensación lejana de un dolor en sus manos y al mirárselas vio que se había clavado las uñas en las palmas. Annabella Lauren le contemplaba con una extraña sonrisa.

—No sirves ni para sufrir, Rex. Por eso te digo que te alejes de la ciudad. Es lo que más te conviene.

Hizo dar a su silla una rápida media vuelta y rodó por el porche en dirección contraria a la que antes siguiera. Rex la detuvo bruscamente. Sin darse cuenta, su movimiento estuvo lleno de una salvaje rudeza.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó ella, desafiándole con los ojos.

—Si vas a tu casa, no puedo consentir que lo hagas sola.

—¿Crees que después de *esto* te necesito, Rex? ¿Crees que hace falta tu protección porque algún pistolero va a intentar raptarme? —Sobre sus labios flotaba una sonrisa quieta, amarga—. No, amigo, Annabella Lauren ya no es una *mujer*, sino una *cusa*. Tengo al menos la ventaja de que así no necesito la protección de ningún revólver.

La voz de Rex Harley sonó roncamente cuando dijo:

—De todos modos, te acompañaré.

En silencio, echó a andar, empujando la silla de ruedas. Aquel gigante con sus dos revólveres y aquella inválida en su silla formaban la más extraña y más triste pareja del mundo. Rex se daba cuenta de ello y sentía un sordo, un terrible, un desesperado deseo de morir.

Cuando llegaron junto a los porches de la hermosa casa pintada de blanco donde vivía Annabella, un criado negro salió a recibirles.

—Como ves, todavía tengo esclavos —dijo ella mordazmente—. ¿Por qué no libertas a éste?

—No es tu esclavo, sino tu criado.

—De todos modos, aquí tienes una magnífica ocasión para continuar la guerra por tu cuenta. Matar, éste es tu oficio. —Repentinamente la muchacha cambió de tono para preguntar—: ¿Es cierto que has causado baja temporal en el ejército?

—Sí.

—¡Qué pena! —La voz de la muchacha destilaba ironía—. Ahora tus superiores no te encargarán matar a nadie. Tendrás que hacerlo por tu cuenta. ¿Quieres que elija otro marido, Rex, y te avise para que le puedas atravesar la cabeza el mismo día de su boda?

Rex musitó:

—¡Calla!

—Tengo que callar, mi coronel. ¿Qué puede hacer una pobre inválida ante un pistolero que es además oficial de las tropas vencedoras? Muchas felicidades, Rex. Espero que en Terrell haya los suficientes hombres a quienes matar para que no te aburras demasiado.

Hizo una seña a su criado y éste empujó suavemente la silla de ruedas, entrando a su dueña en la casa. Rex Harley quedó quieto ante la puerta hasta que ésta se cerró. Si en aquel momento hubiese visto a un grupo de cinco o más pistoleros, habría peleado contra todos a la vez para que le acribillaran a balazos. Sentía en ese momento lo que deben sentir los perros desesperados que antes de morir aúllan a la luna. No sólo las palmas de sus manos, sino también sus labios, estaban bañados en sangre. El deseo de terminar de una vez era en él tan terrible que se había impuesto sobre toda otra idea y sobre toda otra razón.

Rex Harley hizo entonces lo que no había hecho nunca: entrar

en un *saloon* con el propósito deliberado de beber hasta caer destrozado, hasta olvidarse de todo y tener la sensación de que había llegado el fin. Aquello era inútil y estúpido, pero hasta que llegase una bala certera, no podía hacer otra cosa para olvidar.

Estaba ya por su décimo *whisky*, cuando alguien se aproximó suavemente por su espalda.

—Buenas noches, amigo.

Rex se volvió. El que le hablaba era un hombre de unos treinta años, alto y fuerte y moreno, con una barba de varios días que le desfiguraba el rostro.

—¡Váyase al infierno! —Silbó Rex, amenazadoramente.

El desconocido sonrió mostrando unos dientes ennegrecidos a los que aún había pegadas varias partículas de tabaco.

—Acuérdese de mi nombre, Rex. Me llamo Milton Halloran y viviré en Terrell mientras usted permanezca aquí. En cualquier momento puede contar con mi ayuda. Si necesita un caballo o alguien que lleve un mensaje búsqueme en este *saloon.*

Rex, a quien el alcohol no había alterado lo más mínimo, lo miró con atención.

—¿No le vio nadie escapar, amigo?

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente. Me oculté bien y supe desaparecer a tiempo.

—Buen tiro, amigo —sonrió Rex, acariciándose el muslo—. Lo justo para que me dieran una licencia temporal y así justificar mi presencia en Terrell. Me clavaste la bala ni un milímetro más cerca ni un milímetro más lejos del lugar convenido. ¿Has quemado el uniforme sudista?

—No hay cuidado. Lo hice en seguida.

Milton se sirvió él también una copa de *whisky*, la bebió en silencio, y antes de marcharse susurró:

—No lo olvides. Antes de ingresar en el ejército me ganaba la vida dando exhibiciones de tiro con rifle. Puedes confiar en mi puntería tanto como en la tuya. Si me necesitas búscame en este *saloon.*

Se alejó caminando lentamente, saliendo del local. Rex dejó de prestarle atención a partir del momento en que el otro volvió la espalda, para que nadie se fijase demasiado en su encuentro. Luego,

volvió a beber.

A pesar de todo, cuando salió a la calle estaba casi tan desesperadamente sereno como al entrar en el *saloon*. No había olvidado a Annabella y, por el contrario, su dolor era más terrible cada vez. Pero debía estar escrito que esta noche iba a encontrarse varias veces con la muerte y con las mujeres. La que ahora salió a su paso fue Nancy Forbes. La muchacha caminaba sola en dirección a la casa del doctor Martel, y se detuvo al verle pasar.

—Para ser usted un asesino herido, anda con mucha soltura, señor Harley.

El se detuvo para preguntar:

—¿Va usted a casa del doctor Martel?

—Sí.

—Entréguele de mi parte estos cien dólares y dígale que he marchado de allí para no ponerle en ningún compromiso. Si su factura sube algo más, podrá encontrarme en el hotel Nevada.

Nancy sonrió con picardía para preguntar:

—¿Por qué no me acompaña si no tiene mejor sitio a donde ir?

Era difícil negarle algo a aquella mujer, joven, bonita, y que además conocía las artes de la seducción. Rex se encogió de hombros y susurró:

—Vamos.

Caminaron por las zonas oscuras de la calle alejándose del centro de la población. La luna se había ocultado y unos densos nubarrones enviaban oscuridad sobre la tierra. Rex notó que la muchacha se aproximaba a él. Nancy era en las tinieblas como una cosa cálida, dulce, tierna.

Rex se dio cuenta de que le convenía quedarse solo, Pero antes de que él pudiera decirlo, ella se detuvo.

Los ojos de la mujer brillaban en la penumbra de aquel sector con reflejos verdes, grises, cambiando como los de una gata joven.

Levantó la cabeza y susurró:

—Nunca he besado a un maldito nordista, Rex. Antes de morirme quisiera vivir esa experiencia. ¿Por qué no lo intentas?

—Hay muchos malditos nordistas en Texas, Nancy. Te aconsejo que busques a otro con los labios menos destrozados y menos amargos que los míos.

La muchacha, repentinamente, elevó las manos hasta sus

hombros y lo atrajo hacia sí. El joven vio muy cerca aquellos ojos y oyó muy cerca aquella voz que susurraba:

—Rex…

El también inclinó un poco la cabeza. No supo si llegó a besarla, no supo ni siquiera si su intención había sido hacerlo. Porque en ese momento el mundo terminó para él. En ese momento alguien lanzó una salvaje imprecación a su espalda y empezó a golpearle brutalmente en la nuca con algo muy pesado, seguramente una culata del cuarenta y cinco, hasta que el joven cayó al suelo como un lardo, a los pies de Nancy.

Ésta se echó un poco hacia atrás y miró al hombre que había golpeado a Rex.

—¿Un cigarrillo, doctor Martel? —preguntó.

# Capítulo VI

## Sombrio Despertar

El humo de los cigarrillos flotaba en la pequeña habitación. Los cigarrillos eran todavía muy poco usados por aquellas fechas en los Estados del Oeste, y resultaban contadísimas las mujeres que los fumaban. Por eso era tan extraordinario ver a Nancy Forbes fumando con aquel especial deleite, mientras sentada en una silla y con las piernas cruzadas contemplaba al hombre caído a sus pies. Tres individuos bien vestidos les rodeaban. Además de por sus trajes, se hubiera podido deducir que venían del Este por la calidad de sus cigarrillos. Uno de ellos arrojó el suyo encendido al rostro de Rex Harley para ver si se animaba.

Minutos después, Rex empezó a dar los primeros síntomas de volver a la vida. Sus facciones se contrajeron y abrió los ojos para ver el suelo de la habitación donde se encontraba. Luego movió la cabeza y dirigió hacia el grupo la mirada de sus pupilas siniestramente grises.

—Parece que tus labios, Nancy, han resultado en esta ocasión más peligrosos que de costumbre. ¿Siempre les ocurre lo mismo a todos los hombres que se acercan a ti? —preguntó.

Nancy lanzó una bocanada de humo y miró a sus compañeros. Éstos eran jóvenes y llevaban bajo sus levitas fundas axilares que se cuidaban de mostrar como por distracción. Uno de ellos preguntó a Rex:

—¿Puedes levantarte?

—Me levantaré cuando me dé la gana.

El hombre se incorporó, movió la pierna derecha y aplicó al

mentón del joven un puntapié fulminante. Con un quejido gutural, Rex terminó otra vez por desplomarse.

En ese momento, por una de las dos puertas que tenía la habitación, penetró en ésta el doctor Tobías Martel.

—No lo castiguen demasiado. Este hombre tiene una vitalidad de toro, pero está muy destrozado aún. Si quieren conseguir algo de él, hay que tratarlo con más dulzura.

El que antes había golpeado a Rex, sonrió.

—Sí, con más dulzura.

De un nuevo puntapié hizo rodar al joven sobre las tablas. Esta vez no se oyó en la habitación ningún quejido, sino tan sólo el chirriar de los dientes de Harley.

—¿A qué has venido a Terrell? —preguntó otro—. ¿Por qué mataste al capitán Marion?

Antes de contestar, Rex se puso trabajosamente en pie. Le fallaba un poco la pierna, pero por lo demás se sentía capaz de pelear hasta morir matando. Silabeó:

—Porque me dio la gana.

La respuesta enardeció al enemigo que tenía frente a él, quien movió ambos brazos para derribarle de nuevo. Pero Rex esta vez no se estuvo quieto. Con el brazo derecho detuvo el primer golpe de su enemigo, mientras con el izquierdo le propinaba un fantástico cruzado al hígado. Cuando su enemigo se doblaba, el joven le aplicó con la derecha un gancho alucinante al mentón, haciéndole poner sobre sus tacones, y seguidamente completó su obra con un «golpe de conejo» a la nuca capaz de matar a un gorila. Pero aquel hombre tuvo la suerte de resistirlo.

Cuando cayó al suelo como un guiñapo, los otros dos individuos se levantaron a la vez.

—¡Maldito perro!

—Estaba deseando una ocasión para morir —dijo Rex, con una sonrisa macabra—. Y ésta es tan buena como cualquier otra. ¡Vamos! ¿A qué esperáis para acribillarme?

—Antes de hacerlo vamos a sacarte unas cuantas verdades del cuerpo, amigo. Y si no te arrancarnos las verdades te arrancaremos la piel, lo que a veces resulta más divertido. ¿Qué misión te ha traído a Terrell?

—No lo diré.

Uno de los hombres abrió el cajón central de una mesa y extrajo de él una cuerda bien engrasada.

—Tómala, Logan. Creo que este tipo se está buscando una buena sesión de balanceo.

El llamado Logan tomó la cuerda entre sus manos y la hizo pasar por encima de una de las vigas del techo.

—¿Lo colgamos, Kleyton?

Rex se daba cuenta de que aquellos hombres no hablaban sólo para asustarle. Eran asesinos profesionales y lo único que anhelaban era matar. Si todo se desarrollaba lógicamente, antes de cinco minutos él estaría muerto y colgando de aquella cuerda.

—No se precipiten —aconsejó el doctor Martel.

—Un perro nordista como él no merece misericordia.

La voz había partido de Nancy Forbes, quien seguía fumando indolentemente su cigarrillo mientras sus ojos, brillantes como dos estrellas, contemplaban a Rex Harley. Rex se dio cuenta de que había algo extraño en la mirada de la mujer, y de que la pasión palpitaba en aquellos ojos. De un modo u otro, Nancy estaba unida a él, y el odio se mezclaba en ella con el amor de una manera diabólica.

—¿Vas a explicarme qué misión te ha traído a Terrell? —preguntó Logan.

Rex, por toda respuesta, le escupió en plena cara. Sabía lo que iba a suceder a continuación y por eso no se sorprendió al recibir un golpe alucinante de su enemigo más cercano. Aunque la pierna le fallaba, Rex contraatacó con todas sus fuerzas. Lo que se lanzó contra sus tres enemigos no fue el cuerpo humano de Rex Harley, sino una especie de ciclón que buscaba gastar todas sus energías antes de que le destrozasen. Moviendo ambas piernas a la vez, conectó un terrible derechazo al mentón de Logan, haciéndole caer. A continuación su izquierda fulminó a Kleyton con un terrible golpe entre los ojos, y en cuanto al tercer enemigo, del que luego sabría Rex que se llamaba Barness, sintió en pleno cráneo el impacto de los dos puños enlazados del joven, y se desplomó como si le hubiese fulminado una bala. Durante algunos segundos, Rex fue el dueño de la situación, gracias a lo inesperado y terrible de su ataque, y si hubiese podido mover libremente las dos piernas, habría sin duda podido escapar por la única ventana de la habitación, que daba al

campo. Pero sus músculos fallaron cuando quiso saltar. Cayó al suelo con un rictus de dolor y sus tres enemigos se lanzaron sobre él otra vez.

Desde tierra, Rex movió la pierna sana y envió a Kleyton contra la pared del fondo. Antes de que Logan cayese sobre él, había dado va dos vueltas sobre sí mismo y el pistolero se estrelló contra las tablas lanzando aullidos de dolor. Cuando quiso darse cuenta de dónde estaba, Rex vio que se encontraba junto a Nancy, cuyos ojos seguían brillando de aquella forma apasionante y extraña. La muchacha musitó:

—No puedo negar que eres un hombre valiente, Harley. Espero que nos veamos en la eternidad.

Sin dejar de sonreír, le arrojó bruscamente el cigarrillo a la cara. Rex, que apenas podía moverse, recibió de lleno el impacto y tuvo que cerrar los ojos. Aquel instante de desorientación bastó para que fuese alcanzado de nuevo y Logan le pasara por el cuello la soga.

—¡Condenado perro! —gritó el llamado Barness—. ¡Tirad de la cuerda!

Rex iba a ser ahorcado. Tuvo el tiempo justo para llevarse las manos al cuello y evitar la muerte instantánea, pero no pudo impedir que lo izaran en el aire y siguieran tirando. El joven se dio cuenta de que no había esperanza, y de que cuantos más esfuerzos hiciese más larga sería su agonía. Trató de morir con serenidad y su último pensamiento fue para Annabella Lauren, la mujer cuya vida destrozó para siempre.

En aquel momento, cuando Rex ya cerraba los ojos, sonaron lejanos tres disparos de rifle.

El apenas los oyó, pero sus enemigos se arrojaron a tierra al sentir que las balas astillaban los cristales de la única ventana. La cuerda fue segada limpiamente por uno de los proyectiles, y Rex quedó momentáneamente libre, aunque sin fuerzas para ponerse en pie. Barness, Logan y Kleyton hicieron entonces una estupidez.

Por el sonido idéntico de los tres disparos se dieron cuenta de que el tirador era uno solo y creyeron que podrían eliminar fácilmente a aquel único enemigo. Se precipitaron hacia la ventana y la puerta y, apenas sus cabezas fueron visibles, sonaron tres disparos más. Tres cráneos fueron limpiamente atravesados por el plomo. Ninguno de los tres hombres tuvo tiempo de asombrarse

ante la maravillosa puntería de su enemigo, porque su muerte fue instantánea.

Rex se puso en pie y corrió hacia la puerta, que Barness había abierto antes de morir. Ni Nancy ni el doctor Martel eran una preocupación para él, porque le repugnaba tomar cualquier clase de represalias contra una mujer y un viejo. Supuso que su salvador, es decir, Milton Halloran, le reconocería y no dispararía otra vez. Así fue. Un silencio absoluto y mortal se hizo sobre la llanura cuando él salió de la casa.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había estado en un edificio solitario de la llanura, y de que no había por los alrededores rastro de ninguna otra vivienda humana.

Con toda la velocidad que le permitía su pierna herida, Rex corrió hacia el lugar donde suponía habían sonado los disparos. Su instinto no le engañó. A unas cien yardas de la casa, los rayos lunares le mostraron el brillo de seis cápsulas de rifle abandonadas en el suelo. Éste era el único rastro dejado por su salvador, que había desaparecido como si se lo hubiese tragado la noche.

«Milton es un hombre prudente —pensó Rex—. Después de salvarme la vida no ha querido comprometerse más».

Dándose cuenta de que aún llevaba la soga al cuello, Rex se la arrancó de un seco tirón, y sacando fuerzas de flaqueza se encaminó hacia Terrell, cuyas luces distinguía en la lejanía.

Los acontecimientos habían sido tan repentinos y violentos que no sabía qué pensar.

Cuando llegó al hotel, se introdujo en su habitación y se derrumbó sobre la cama como un gigante sin fuerzas. Cerró los ojos y un sueño lleno de presagios se apoderó de él.

## Capítulo VII

### Crimenes EN LA Noche

Hasta el anochecer siguiente, Rex no se sintió con fuerzas para salir nuevamente a la calle. Pero cuando las luces centellearon de nuevo en el centro de la ciudad y las músicas de los *saloons* llenaron el aire, el joven hizo varias pruebas con la pierna herida y vio que podía andar con ella mejor de lo que esperaba, de modo que se vistió, se aseó y unos minutos después estaba en la calle principal de Terrell.

No le preocupaba el tiempo perdido en su habitación porque él estaba en la ciudad para esperar a un hombre, y sabía que ese hombre no iba a entrar en Terrell en pleno día, sino que aprovecharía para hacerlo las sombras de la noche. El joven se encaminó hacia una armería y pidió dos «Colt» del calibre 45.

—¿Usted es el tipo que hizo una escabechina ayer? —preguntó el armero.

—Si llama usted escabechina a defenderse a balazos, sí, yo fui ese hombre.

—Pues en tal caso sólo tendrá que pagarme un «Colt», amigo. El otro se lo regalo yo, porque me gusta que de vez en cuando alguien haga limpieza entre esa gentuza de los *saloons.*

—Gracias, pero de todos modos le pagaré los dos. Si hubiese de hacer limpieza empezaría por mí mismo.

Iba a salir cuando en ese momento tres hombres entraron en la armería llevando el cadáver de un muchacho. Entre maldiciones, lo que para ellos equivalía más o menos a un pésame, depositaron el cuerpo sobre el mostrador. Rex miró, impulsado simplemente por

esa curiosidad que siempre despierta un cadáver, pero sin prestar demasiada atención. No obstante, aquél tenía un detalle terrible que le hizo lanzar una especie de grito. Su cabeza era una masa sangrante porque alguien le había dado muerte arrancándole la cabellera. En una tierra donde prácticamente ya no existían indios hostiles, esto era increíble.

Rex se precipitó hacia el muchacho y miró a los tres hombres que lo habían traído allí.

—Pero ¿qué diablos significa esto? ¿Es que hay por ahí algún granuja que se dedica a arrancar las cabelleras a sus víctimas?

—Nada de granuja, maldita sea. Esto lo hemos visto otras veces en tierras que están más al Oeste. Han sido los endemoniados indios.

—¿Indios en esta parte de Texas? —preguntó Rex con incredulidad.

—Sí, centenares de ellos. Nosotros sólo hemos traído el cadáver de este muchacho porque trabajaba en la armería, pero hay docenas de ellos a la entrada del pueblo. Los indios han venido de Arizona, de México o del infierno, pero el caso es que están aquí. Todos los muertos pertenecen a una caravana de colonos que ha sido deshecha.

—Pero esto es completamente imposible —dijo Rex—. Hay tropas por esta zona y los indios habrían sido vistos.

—Si han sido vistos o no, a mí no me importa —dijo uno de los hombres—. Lo único que sé es que ya no podemos vivir tranquilos en esta parte de Texas. Y no hay duda de que los indios están dirigidos por un verdadero militar.

Mientras el dueño de la armería lanzaba maldiciones más salvajes aún que las de los tres amigos, Rex salió a la calle sintiendo que una tempestad de pensamientos bullía en su cerebro.

Se daba cuenta de que el objetivo que le había traído a Terrell estaba en trance de llegar a su punto culminante.

Caminando a lo largo de los porches, llegó sin darse cuenta ante la casa donde vivía Annabella Lauren.

La muchacha estaba allí. Quieta, sentada en su silla de ruedas, más que nunca como una paralítica, pero con una extraña hermosura en sus facciones, Annabella era igual que una imagen de esas que sólo se ven en los sueños. Una imagen celestial y

desgraciada a la vez, donde la hermosura y el dolor se mezclaban en una combinación que era diabólica para el alma torturada de Rex. Se detuvo ante la puerta y la contempló fijamente.

—No sé hasta qué punto tengo derecho a estar aquí, Annabella —musitó—. Tú me habías pedido que me marchara de la población.

—Cierto, y además oí decir que anoche habían visto cómo tres hombres te recogían desvanecido de un porche. Creí que habías muerto, Rex. Pensé que ése habría sido tu fin, un fin digno de un tahúr o de un borracho.

—No lo fue, Annabella, pero casi lo siento. Te prometo que por mi parte hice lo posible para morir.

—Los soldados, cuando tienen una misión que cumplir, piensan que no los han de matar sin haberla terminado —observó la muchacha con dureza.

—¿Cómo sabes que tengo una misión que cumplir?

—No me hagas caso. Es como una corazonada.

—De todos modos —dijo él—, había algo que me empujaba a la muerte. Sólo un pensamiento me guiaba entonces, Annabella, y ese pensamiento me hablaba del daño que un día causé a una mujer.

—Si te refieres a mí —musitó ella fríamente—, soy feliz de este modo. No temas, porque no me has causado ningún mal.

—Gracias por tratar de consolarme de ese modo, Annabella. Eres como una víctima que intenta tranquilizar a su verdugo. No olvidaré esto mientras viva, muchacha, lo cual no es decir nada extraordinario porque dentro de unos días me habrán atravesado la cabeza. Pero celebro que tu voz no me acuse, Annabella. Eres de esas mujeres que sólo con existir hacen ya un favor a sus semejantes. Adiós.

Iba ya a alejarse cuando la voz de la muchacha lo detuvo. Hubiera jurado que aquella voz no era del todo despiadada cuando le preguntó:

—¿Por qué no te quedas?

—¿Aquí junto a ti?

—Las mujeres gustamos de sentirnos rodeadas de recuerdos, aunque esos recuerdos sean amargos. Tú eres el recuerdo amargo de mi vida, Rex. El único hombre a quien quise y el que había de convertirme en una inválida. El destino siempre se burló de nosotros.

Rex se sentó en la escalera del porche, cerca de ella. A pesar de todo, a pesar de la sangre y la muerte que los separaba, Annabella seguía siendo lo único hermoso que había en su existencia. Tuvo que cerrar los ojos, cuando ella preguntó:

—¿Por qué te fuiste, Rex?

—Era demasiado poco para ti, Annabella. Tú tenías tierras, tenías esclavos, un apellido ilustre y una de las haciendas más ricas de Texas. Yo era hijo de una mujer desdichada y de un padre que terminó en la horca. Cuando miré mis manos para saber qué era lo que tenía para defenderme en la vida, vi que sólo disponía de un revólver. Tenía que abrirme camino con el «Colt» o morir sosteniéndolo entre los dedos. Por eso me marché, Annabella, porque te quería y tú eras un sueño imposible. Porque era un pecado quererte. Porque los perros deben amar a sus dueños, pero sin olvidar nunca que son perros. Por eso me fui, por eso traté de ser alguien lejos de Texas. Bueno…, ¿para qué explicarte? Ya sabes lo que sucedió. Fui guía militar en Arizona, conductor de diligencias en Colorado y pistolero en Nevada. Los servicios prestados al ejército me valieron para ingresar en West Point. Luego… la guerra civil, tú lejos para siempre, y yo… No quiero seguir hablando, Annabella. Entonces éramos unos chiquillos y ahora soy un hombre con aspecto de granuja mientras que tú eres una mujer condenada a la soledad en su silla de ruedas. Nuestro destino no ha podido ser más triste, muchacha: un maldito destino de sangre. Después de lo sucedido prefiero no vivir demasiado tiempo. La muerte será para mí como una liberación.

Annabella le miraba fijamente, y Rex hubiese jurado que en sus ojos palpitaba el extraño brillo de las lágrimas. Pero aquellas lágrimas podían ser de odio también.

Rex se puso en pie y tendió su mano derecha a Annabella.

—Perdóname, muchacha.

Sin que ella pudiera evitarlo, le apresó su mano y se la llevó a los labios. La joven estaba quieta, rígida, con el cuerpo erguido sobre la silla. Sintió en su mano cómo quemaban los labios del hombre cuando él le preguntó:

—¿Por qué te casaste con Marlon Schelley?

—Sabía que nunca ibas a volver, Rex. Cuando en Terrell se supo que estabas mandando un regimiento del Norte, comprendí que

nuestra ruta estaba separada para siempre. Ni yo ni mis padres te perdonaríamos jamás. Mis padres han muerto, pero yo sigo sin perdonarte. Marlon Schelley me conocía desde niña, el matrimonio con él fue una cosa insensible, una de esas cosas que llegan sin que una se dé cuenta siquiera. Pero no debí explicarte esto, Rex. Tú y yo estamos tan lejanos como lo están la luna y el sol, aunque los dos brillen en el mismo cielo.

Rex le besó la mano otra vez y luego la soltó poco a poco. Sus labios se movieron para decir:

—Perdón…

Dio media vuelta y se alejó del porche. En aquel momento una extraña caravana entraba en la ciudad. Rex Harley vio docenas de caballos sobre cada uno de los cuales iba doblado un cadáver. Todos los muertos habían perdido su cabellera, y los pocos vivos que quedaban en aquella comitiva fúnebre, estaban tan pálidos como si ellos mismos hubiesen de morir también. Aquello era sin duda lo que había quedado después del terrible ataque indio.

Pero lo que no comprendía Rex era el porqué de aquel ataque, si Texas estaba considerada como una tierra donde los colonos no corrían apenas peligro. Algo muy importante tenía que haber cambiado para que sucediese aquello. Rex pensó que aquel *algo* tenía que estar relacionado de un modo u otro con el misterioso personaje que iba a llegar a Terrell.

La caravana estuvo pasando durante al menos veinte minutos por delante de Annabella, que la miraba con ojos de obsesionada. Casi toda la población de Terrell se había reunido allí, entre un silencio absoluto. Rex Harley se dio cuenta de que en su corazón nacía como una ola lejana que iba avanzando con un terrible y desesperado deseo de matar.

Rectamente, se encaminó al *saloon* donde sabía que iba a encontrar a Milton Halloran. Deseaba darle las gracias y pedirle su colaboración para desenmarañar toda la trama urdida alrededor del doctor Martel y los tres tipos que le habían capturado la otra noche. Milton era un diablo con el rifle, y entre los dos exterminarían a media ciudad si era necesario.

En el *saloon* había mujeres, licor y música. No faltaba allí nada para que los rudos hombres de la población se sintiesen a gusto, pero Rex notó que el ambiente le molestaba. Sentía como si le

persiguiesen a todas partes los ojos obsesionantes de Annabella. Se sentó en un rincón y estuvo aguardando durante más de una hora.

Milton Halloran no apareció por allí.

Rex imaginó que su compañero no quería estar demasiado tiempo en público, y lanzando maldiciones en voz baja, salió de allí. Iba él mismo a desentrañar todo el misterio que rodeaba al doctor Martel.

Fue a la casa del médico, la rodeó por su parte trasera y entró por una ventana, que cedió fácilmente. Después de abrirla, penetró en el interior y encendió un quinqué de petróleo que halló sobre una mesa. No le fue difícil orientarse porque ya conocía la distribución interior de la casa, y no le importó encender luz porque estaba dispuesto a acribillar sin contemplaciones al primer enemigo que se le pusiera ante los ojos.

La casa parecía vacía, aunque estaba en orden. Igual que la noche anterior, cuando él salió, no se advertía rastro humano en ninguna de las habitaciones. Rex fue de una otra examinándolo todo y al fin llegó al viejo dormitorio de soltero del doctor Martel.

Todo estaba en orden también allí, pero flotaba en el aire algo que no agradó a Rex Harley.

No sabía lo que era, pero hubiese jurado que en aquella habitación no estaba solo, sino que en ella se ocultaba la presencia obsesionante de la muerte.

Abrió un gran armario ropero y lo volvió a cerrar.

Bueno, allí estaba.

Rex había necesitado la fracción de un minuto para convencerse de que Tobías Martel ya no pertenecía al mundo de los vivos. Se hallaba dentro del armario, rígido, con la soga todavía amarrada al cuello y cortada junto al nudo. Debían haberle ahorcado por lo menos seis o siete horas antes. Su aspecto no era agradable ni aun para un hombre como Harley. Necesitó respirar fuerte para convencerse de que todo aquello no era un maldito sueño. Alguien había asesinado al viejo Martel, pero ¿quién?

Rex depositó el quinqué sobre una mesa e hizo un sumario registro de la habitación. No se advertían allí señales de violencia, lo que indicaba que quizá Martel había sido ahorcado fuera de la casa. Lo más probable era que lo hubiesen ahorcado por temor a que se fuera de la lengua después de lo sucedido la noche anterior.

El joven estaba sumido en estas reflexiones cuando de pronto creyó percibir ruidos junto a la puerta.

Aguzó el oído. En efecto, alguien se acercaba. Eran por lo menos tres personas, una de las cuales arrastraba los pies como si la llevaran medio a cuestas.

Antes de que la puerta de la habitación se abriese, Rex escuchó algunas voces.

—¡Maldita arpía!

—Vamos a darte tu merecido, como al condenado viejo.

—Te has asustado, ¿eh? Pues los cráneos descabellados que has visto hace poco, no van a ser nada comparados con tu bonita cabeza. ¡Vamos, entra, maldita!

Se oyó un grito de mujer y luego un seco golpe dado con algo blando, seguramente el canto de una mano. Inmediatamente la puerta se abrió y tres individuos penetraron en la habitación llevando a rastras a una mujer semi desvanecida. Los hombres eran dos blancos y un indio, y la mujer era Nancy Forbes.

Los recién venidos no se dieron cuenta al principio de que había alguien más en la habitación. Tan seguros de sí mismos se encontraban, que no se sorprendieron al ver sobre la mesa un quinqué encendido. Empujaron violentamente a Nancy sobre la alfombra y uno de los blancos abrió el armario donde reposaba el cadáver de Martel. La muchacha lanzó un agudo chillido.

—Esto no va a ser nada comparado con lo que haremos contigo, muñeca. Martel, que había jurado fidelidad a la causa del Sur, se asustó al ver nuestros procedimientos, y como no nos gusta que la gente se vaya de la lengua, le hemos aplicado una medicina infalible, cuyos maravillosos efectos tú misma puedes apreciar. Ya que igualmente vas a irte de la lengua, hemos decidido cortártela, preciosa. Creo que a Siroky le agradará mucho poseer entre sus trofeos tu maravillosa cabellera.

Nancy ahogó un grito y luego sus ojos llamearon de furia.

—¡No sois más que una cuadrilla de asesinos! —gritó—. Ser partidario del Sur no es un pecado sino una honra, cuando uno defiende sus ideales dignamente. Pero vosotros no sois más que unos canallas de profesión vendidos a los salvajes guerrilleros de Quantrell. No espero compasión ni la pido, pero sé que acabaréis pagando vuestro crimen.

El indio rió silenciosamente. En su derecha había aparecido un siniestro «tomahawk».

—¿Por qué nos ayudaste a capturar a Rex Harley? —preguntó uno de los blancos.

—Estaba convencida de que era un enemigo del Sur. Hubiera hecho cualquier cosa por matarle, igual que Martel, quien sólo lo cuidó esperando un momento propicio para desembarazarse de él. Pero ahora me doy cuenta de que los verdaderos enemigos del Sur sois vosotros, miserables asesinos. Afortunadamente me he arrepentido a tiempo de la ayuda que os presté.

Uno de los blancos se acercó a la muchacha, todavía tendida en la alfombra, y le señaló las enormes ruedas de sus espuelas mexicanas.

—Podría adornarte la cara antes de que Siroky te arregle el peinado, muñeca. Creo que voy a hacerlo.

Movió la pierna derecha, mientras Nancy lanzaba un grito de horror y se cubría el rostro, pero en ese momento una voz fría y metálica inmovilizó a todo el mundo.

—No me gusta vuestra manera de actuar, amigos. Es… poco delicada.

Rex había aparecido saliendo de detrás de unos cortinajes. En sus manos no brillaba ningún revólver, pero tenía los brazos arqueados y en disposición para «sacar».

Los tres hombres lanzaron al unísono un grito y los dos blancos dieron un salto hacia atrás. Rex los inmovilizó con otra pregunta:

—¿Dónde queréis las balas, amigos? Puedo haceros un agujero donde mejor os convenga, sea en la cabeza o sea en los dedos de los pies. También me agradaría me dijeseis cómo queréis vuestras sepulturas.

Mientras el indio permanecía quieto por el asombro, los dos pistoleros arqueaban los brazos también, al igual que Rex.

—¡No te atreverás a luchar con los dos! ¡Sabes que te mataremos, Harley!

La voz de Rex fue un dechado de sarcasmo cuando preguntó:

—¿Sí, nenes?

Los dos pistoleros se movieron al unísono. Eran rápidos y sabían tirar, pero de nada les sirvieron sus habilidades ante la diabólica técnica de Rex Harley, quien había hecho su aprendizaje de tirador

en los peores garitos de Nevada y Colorado. Antes de que pudieran empuñar sus revólveres, los dos hombres estaban ya muertos. Rex disparó primero a su tórax, para que se diesen cuenta de que aquello era el fin, y luego los remató de dos balazos a la cabeza. Fue todo tan rápido que el indio apenas tuvo tiempo de lanzar una exclamación, pero al ver caer a sus dos amigos se lanzó al ataque.

El «tomahawk» era un arma terrible en aquella pequeña habitación. Rex supo que si le alcanzaba un solo golpe no sobreviviría. Aunque pudo haber despachado al indio de un balazo, le interesaba conservarlo vivo para hacerle unas cuantas preguntas. Se ladeó, se dejó caer sobre la alfombra y, cuando el enemigo se arrojaba sobre él, lo envió al otro lado de la habitación de un terrible golpe propinado con su pierna sana.

El piel roja volvió a saltar como si fuese de goma, pero Rex ya le esperaba. Dio una vuelta sobre sí mismo y dejó que el «tomahawk» se clavara con un seco chasquido en las tablas del suelo. El indio cayó arrastrado por su propio impulso, y entonces Rex le propinó con todas sus fuerzas dos terribles culatazos en la nuca.

Los que le enseñaron a manejar las armas lo habían hecho demasiado bien. Rex no sabía golpear en zonas que no fueran vitales. Por instinto, mataba. Estuvo a punto de maldecirse a sí mismo cuando se dio cuenta de que sus golpes habían sido demasiado certeros. El indio, hecho un guiñapo junto a él, estaba más desnucado y muerto que los cadáveres de la batalla de Gettysburg.

Lanzando un suspiro de desaliento, Rex se puso en pie y ayudó a incorporarse a Nancy.

—No hubiese querido liquidar a este hombre —dijo—. Habría sido preferible hacerle hablar un poco.

—Yo misma te diré lo que esos tipos me han explicado —susurró Nancy con los ojos llameantes—. Nunca me arrepentiré bastante de lo que hice anoche.

—No tiene importancia —sonrió Rex—. Lo único que lamento es que el beso que me ofreciste fuese una mentira.

Nancy se irguió rápidamente sobre la punta de sus pies y depositó un beso fugaz en los labios del hombre. Se sorprendió al notar que los labios de Rex parecían de piedra.

—A veces pienso que no eres un ser humano, Harley. Pero

pienso también que eres el hombre más extraño y admirable que he conocido nunca.

—Gracias. Viniendo de parte de la mujer que estuvo a punto de matarme, he de agradecer ese cumplido.

—¡Por Dios, Rex, no recuerdes eso!

—No lo recuerdo ya. ¿Quieres venir conmigo abajo? Éste no es un buen sitio para hablar.

Llegaron a la planta baja y la muchacha se dejó caer sobre uno de los sillones. Con la mirada indicó a Rex el armario donde estaban las bebidas.

El joven preparó un combinado fuerte para reanimarla, y ambos bebieron en silencio.

—Esos hombres —dijo de repente Nancy— estaban contratados por la Confederación para proteger a alguien que ha de ponerse de acuerdo con Quantrell, el guerrillero del Sur.

—Lo sabía.

—¿Sabes también quién es ese *alguien*?

—No, eso no puedo sospecharlo. Cuando lo sepa y le haya clavado una bala entre las cejas habré concluido la misión que me trajo a esta ciudad. Ya habrás adivinado que el sudista que tan oportunamente me hirió al entrar yo en Terrell, era un compañero disfrazado. Habrás adivinado que mi separación temporal del ejército no es más que una artimaña para infundir confianza a nuestros enemigos. Y si no hay tropas de ocupación en esta zona, es precisamente para que Quantrell o sus delegados se atrevan a venir hasta aquí. Si yo lograse clavar una bala en el cerebro de este maldito guerrillero, es completamente seguro que habría concluido mi misión. Quantrell no es un soldado, sino un pistolero sin conciencia.

—Y un fantasma. Nadie sabe dónde está en este momento.

—Precisamente por eso me encuentro yo aquí. Si Quantrell aparece por Terrell, o envía un emisario que pueda llevarme hasta él, lo mataré aunque sea la última cosa que haga en mi vida. ¿Tienes tú alguna idea de quién es el personaje de esta ciudad que ha de ponerse en contacto con este bandido?

—Con gusto te ayudaría después de lo que he visto, Rex, pero en este sentido sé tan poco como tú. Ni siquiera comprendo qué es lo que pretende Quantrell.

Rex se puso en pie, bebió de un sorbo el contenido de su vaso, como un conductor de diligencias, y se puso a pasear nerviosamente de un lado a otro de la habitación. Su rostro se había transfigurado.

—¿Qué pretende Quantrell? Tú lo sabrás dentro de poco, como lo sabrá todo el mundo en los Estados Unidos. La Confederación del Sur ha perdido la guerra, sus regimientos están deshechos, y no cuentan con armas para oponerse al avance de las tropas del Norte. Pero más allá de esas tierras, en Arizona, en Nevada, en Colorado, incluso en la frontera de México, existe una fuerza ciega, terrible, devoradora, que puede deshacer en dos años la obra de dos siglos de civilización si alguien sabe dirigirla. Esa fuerza, que llena todo el Oeste, son los indios. Quantrell acaricia el sueño de unirlos, armarlos, prometerles algo que luego no podrá cumplir y lanzarlos sobre el Norte, como una manada de fieras salvajes. Éste es su proyecto, un proyecto que puede cambiar el curso de la guerra, y yo debo evitarlo. Tenía que evitarlo ya cuando exterminé al capitán Marlon, que era el hombre designado para transmitir a Quantrell las instrucciones del Alto Mando. Ahora he de encontrar a la persona que sustituye a Marlon, y exterminarla también. Es necesario que Quantrell no reciba órdenes de ninguna clase, y si se atreve a venir aquí, extrañado por lo sucedido, le clavaré una bala entre los ojos. Es lo menos que merece después de la obra que tú misma has visto. Los indios ya están cerca de aquí. Desde el otro mundo, docenas de hombres y mujeres que perdieron sus cabelleras y sus vidas, piden justicia. Si Quantrell se pone delante de mis revólveres, la tendrán.

Dejó de pasear y pareció tranquilizarse por unos momentos. Nancy le miraba con ojos obsesionados.

—¿Qué he de hacer ahora, Rex? ¿Vas a entregarme a tus superiores?

—Yo no tengo superiores, Nancy. El mismo general Grant me dijo un día que no era más que un pistolero.

¿Y sabes lo que hacen los pistoleros cuando una mujer se les entrega de ese modo? La besan y luego la dejan en libertad. Tú quedas libre, muchacha.

Ella se levantó también acercándose a él poco a poco. Rex notó que los labios de la mujer temblaban.

—La libertad es sólo la segunda parte —musitó ella—. Falta la primera.

—He prometido que nunca más volvería a besar a una mujer. No me preguntes por qué. Te contestaré que no te merezco. Vete de aquí y buena suerte, muchacha.

Nancy le tendió la mano. Había en sus labios como una sonrisa amarga, muerta. Antes de despedirse musitó:

—Repito que nunca volveré a encontrar a un hombre como tú, Rex. Y lo siento, porque por encima de todo, yo soy una mujer.

Rex repitió:

—Buena suerte, muchacha.

Ella salió. Al quedar solo, Rex comprendió que estaba nada más al principio de su misión. Había tenido que matar ya a muchos hombres, pero todavía quedaba vivo el misterioso personaje que había de entrevistarse con Quantrell.

# CAPÍTULO VIII

## UNA MANSION DE TEXAS

La labor que durante el día siguiente tuvo que realizar Rex Harley fue sumamente ingrata. Mientras hubo luz en la población, permaneció apostado tras la ventana de su habitación del hotel, vigilando a las personas sospechosas que pudieran pasar por la calle, especialmente los forasteros. Luego, cuando la noche cayó sobre Terrell y su puesto de observación se hizo prácticamente inútil, salió a la calle.

No había averiguado nada, porque las personas que desfilaron bajo su ventana fueron más o menos las mismas que ya tenía vistas en la ciudad, pero el descanso forzado le hizo sentirse mejor. Su pierna empezaba a estar definitivamente restablecida.

Penetró en unos cuantos *saloons* y bebió algo en cada uno de ellos, vigilando a la concurrencia. Por las miradas recelosas de la gente se daba cuenta de que su fama de tirador se había ya extendido por toda la ciudad, notándose a su alrededor una atmósfera tirante, tensa. No vio a nadie que le pareciese sospechoso.

Su intención al propio tiempo, era encontrarse con Milton Halloran y preguntarle si él había averiguado algo, pero no apareció por allí. Era extraño, ya que ambos tenían concertado su punto de reunión en un determinado *saloon*, pero Rex se encogió al fin de hombros pensando que su amigo tendría sus buenas razones para no comparecer.

Había salido de nuevo a la calle, para dar una última vuelta por la población, cuando desde las sombras de un porche, una voz suave advirtió:

—Cuidado, Harley.

Rex miró con el rabillo del ojo. Entre las sombras no le fue difícil distinguir el llamativo vestido de Nancy.

—¿Qué ocurre, muchacha? ¿Por qué no te alejas de la ciudad?

—Quiero ver cómo termina esto, Rex. Y si clavas a Quantrell una bala entre las cejas, me alegraré de haber sido testigo. Pero ahora quiero advertirte otra cosa.

—¿Qué es?

—En las afueras de la ciudad hay seis hombres que han llegado a caballo desde el Sur. Los he visto hace poco, cuando he ido a recibir a la diligencia por si en ella venia un médico de Dallas al que he llamado con urgencia. Me parecieron muy sospechosos, Rex. Yo de ti andaría con cuidado. Eso puede significar que Quantrell se halla cerca y que los seis pistoleros están dispuestos a todo.

—Si Quantrell se encuentra cerca, lo que me das, es una buena noticia, Nancy.

Le estrechó la mano… notando que la de ella temblaba, y echó a andar a lo largo del porche. Éste estaba sumido en sombras. De repente escuchó otra voz:

—Parece que tienes suerte con las mujeres, Rex.

Era otra voz femenina. Rex pensó que las mujeres y la muerte siempre suelen encontrarse en el mismo camino. Se volvió hacia la zona de tinieblas donde había sonado la voz para decir:

—No debes alejarte tanto de tu casa, Annabella.

—¿Y por qué no? Todos me conocen aquí. Nadie va a causar daño a una pobre inválida.

—De tu invalidez tengo yo la culpa, Annabella. No sé si me comprenderás, pero cada vez que te encuentro es como si en el centro de mi corazón se clavase una aguja envenenada.

—No sabía que mi presencia te causara sensaciones tan agradables, Rex.

El se mordió los labios hasta hacerse daño.

—No lo comprenderás nunca, Annabella. ¡No lo comprenderás nunca! Esa aguja envenenada es la de mi arrepentimiento por haberme separado de ti, por la maldita soledad en que te dejé, por todo lo que ha sucedido entre nosotros. Pero hay algo que no me importa, ¿sabes?, y ese algo es que seas una inválida. ¡Si no me odiaras tanto, Annabella!… —Y su voz se había quebrado dominada

por la emoción, cosa tan desacostumbrada en él que hasta la muchacha se estremeció—. Yo te quiero tal como eres hoy, tal como serás siempre si eso no tiene remedio. Te quiero tanto que por eso me devora el dolor al verte y saber que me odias. Nunca debí hacerte esta confesión, pero ya está hecha y ya conoces mi condenado secreto. Desde hace varios años pienso en ti y creo que para ti han de ser los últimos pensamientos de mi vida.

Ella iba a decir algo, pero en ese momento oyeron el rumor suave de las pisadas de varios hombres aproximándose. Aquellos hombres no llevaban espuelas. Se acercaron como fantasmas.

Rex los miró de soslayo. Eran seis.

—Pronto, Annabella, vete de aquí.

—Pero…

—¡Vete de aquí!

Los hombres se aproximaron más y más, formando un semicírculo. Aquello era una ratonera. Rex dio un empujón a la silla de ruedas de la muchacha y la hizo avanzar a lo largo del porche, lejos de la zona trágica que se iba formando a su alrededor. El peso de sus revólveres fue para el joven como una promesa. Moriría matando.

Los seis enemigos estaban ya muy cerca, a unos treinta pasos. Los disparos serían mortales. Rex tanteó la pared a su espalda, buscando algo que le sirviera para parapetarse.

No lo encontró. La pared a su espalda, era lisa como una mano. No fe quedaba más remedio que arrojarse al suelo del porche.

Mientras «sacaba», gritó:

—¡Aquí, valientes!

Se arrojó a tierra e hizo fuego. Sus enemigos eran tan hábiles como él, y una granizada de balas silbó por encima de su cabeza. Sólo la rapidez fantástica de sus movimientos salvó al joven esta vez. Pero el aullido del plomo no hizo perder la serenidad a Rex Harley.

Aprovechando que sus enemigos estaban abiertos en semicírculo, distribuyó en forma de abanico el plomo de sus dos revólveres, batiendo una zona lo más amplia posible.

Si sus adversarios hubieran sido unos novatos, seguramente habrían muerto instantáneamente y sin darse cuenta de lo que sucedía, pero todos sabían lo que se estaban jugando, y actuaron

bien. Sólo dos de ellos sintieron el plomo ladrando bajo su piel y cayeron para siempre. Los otros cuatro se arrojaron a tierra y respondieron a los balazos de Rex con una verdadera lluvia de proyectiles.

Las tablas del porche no ofrecían apenas refugio. Rex empezó a deslizarse lateralmente para cambiar de posición. Más allá, a unas cinco yardas, había una puerta. ¡Si pudiera alcanzarla!

Los cuatro pistoleros que le cercaban debieron adivinar sus intenciones, porque concentraron sus disparos precisamente en la zona que conducía a esa puerta. Rex necesitó de toda su habilidad para hacer retroceder a sus adversarios y evitar que le cerrasen toda posible escapatoria. Aunque no distinguía bien a los pistoleros, logró conectar sus disparos de tal forma que les obligó a retirarse y buscar refugio en los porches fronteros. Un solo momento de desorientación bastó al joven para llegar hasta la puerta, abrirla y entrar en el local.

Éste era un almacén lleno de sacos. Allí, Rex estaba a cubierto de las balas, pero podía considerarse cercado.

«De todos modos no he podido hacer otra cosa», pensó.

Desde la puerta entreabierta siguió respondiendo al fuego. Uno de sus enemigos intentó llegar hasta el porche y de repente hizo un movimiento extraño y absurdo llevándose ambas manos a la cara. Rex se la había atravesado de un balazo.

Comprendiendo que le sería difícil recibir ayuda, el joven intentó ahorrar balas y concentrar bien sus disparos sobre los tres enemigos que aún quedaban con vida.

Pero éstos conocían su oficio, y no se apresuraron, limitándose a hacer gastar balas a Rex. Tras media hora de tiroteo, el joven había logrado mantener a raya a sus enemigos, pero a costa de que sólo quedaran dos proyectiles en su revólver y ninguno en sus cintos canana.

Comprendió que estaba perdido, y que había llegado el momento de defender su vida con los puños. No le quedaba otra oportunidad.

Salió al exterior en el momento en que tres enemigos avanzaban a la vez. Rex disparó sus dos balas y logró alcanzar mortalmente a uno de ellos, que dio un salto inverosímil al recibir el plomo a la altura del corazón. Rex, llevado por su propio impulso disparó otras

veces, pero sin lograr más que hacer saltar al aire dos sonoros «tlac, tlac». Estaba acorralado.

Vio cómo los dos pistoleros levantaban sus armas apuntándole a placer. Era imposible que fallasen. Rex escupió al suelo y gritó:

—Hala, machos. Tirad aprisa.

Los dos hombres apretaron el gatillo, o por lo menos creyeron que lo habían apretado. En realidad no tuvieron tiempo de comprobarlo. Un rifle crepitó en la lejanía, y dos balas mortales fueron a alojarse en sus cráneos. Rex, con los ojos muy abiertos por el asombro, los vio caer sin darse cuenta aún exactamente de lo que había sucedido.

—Ese Milton Halloran siempre llega oportuno —masculló—. Dijo que me vigilaría y no hay duda de que lo hace. ¡Diablos! Me ha salvado la vida dos veces.

Olvidándose de los muertos, corrió en dirección al lugar donde había retumbado el rifle. Nada. Igual que la otra vez, dos capsulas de «Winchester» en el centro de la calle eran toda la señal dejada por su salvador.

Rex lanzó una sorda imprecación y luego empezó a maldecir en voz alta.

—¡No tienes por qué esconderte de ese modo! —gritó—. ¡Milton! ¡Necesito hablarte!

Sólo el silencio le respondió. Rex estaba tan sólo en aquella zona de la calle como deben estarlo las almas cuando atraviesan la laguna del Más Allá. Nadie respondió a su llamada.

El joven recogió las dos cápsulas, las guardó en uno de sus bolsillos y empezó a examinar los porches contiguos. No pudo encontrar ninguna huella de Milton; como si éste fuese un fantasma.

Fue hacia el centro de la población y entró en la armería de la noche anterior.

—Necesito balas.

—Pronto las ha gastado, amigo.

—Sí. Hay hombres que tienen interés por morir en la calle. Necesito sesenta plomos. Puede que en Terrell haya sesenta asesinos a los que exterminar.

—¿No guardará eso para los indios?

—Es posible.

—Pues llega tarde, amigo. Tengo una buena noticia que darle.

Un escuadrón de Caballería ha encontrado más de doscientos indios bien armados cerca de la ciudad, conducidos por un capitán sudista. El capitán está muerto, y los indios. Bueno, parece que les han hecho pagar las cabelleras. Ahora estamos tranquilos en la población.

—En esa tropa de indios, ¿no se ha encontrado ninguna huella de Quantrell?

—Sé lo que quiere decir, amigo. En efecto, esto es obra de Quantrell, quien quiere que los indios le ayuden a ganar la guerra aunque ello signifique el fin de este país. Pero al parecer él está muy lejos de Texas.

Pensativo, Rex pagó las municiones, repuso en sus cilindros las balas que faltaban y salió de la tienda, encaminándose hacia el *saloon* frontero.

En el escenario estaba cantando una tal Lorena Belle, que no tendría más de veinte años y que no se sabía cómo había podido llegar hasta allí. Rex pensó que la muchacha tendría un mal fin y por eso advirtió al dueño:

—Haga que esa muchacha salga de la ciudad. En el Este encontrará cualquier empleo honroso. Aquí tiene cincuenta dólares. Dígale que son para pagar la diligencia y los primeros gastos. Lamentaría mucho que alguien le hiciese daño.

—Es usted un hombre contradictorio, señor Harley —dijo el del *saloon*—. Ha exterminado a media ciudad y en cambio se preocupa por el porvenir de una muchacha que se está buscando el desastre ella misma.

Rex susurró:

—Sólo he exterminado a los que lo estaban pidiendo a gritos. Por cierto, ¿qué sabe usted de la banda de indios que ha sido aniquilada?

—Todo el mundo lo dice. Se trata de una jugada de Quantrell. Por el momento estos salvajes han sido detenidos, pero esto no es más que el principio. Si alguien no elimina a ese guerrillero, todos los Estados del Oeste y del Sudoeste se van a convertir en un infierno.

Rex quedó pensativo. En efecto, aquello no era más que el principio. Quantrell levantaría a las tribus y asolaría las tierras que pisara. Era absolutamente necesario encontrar a la persona que

había sustituido a Marlon Schelley, es decir, a la que tenía que entrevistarse con el guerrillero y darle órdenes. Pero ¿quién podía ser en Terrell el encargado de tal misión? ¿Dónde encontrarlo?

De improviso, Rex se dio una palmada en la frente.

—Tenía que habérseme ocurrido antes. Con el deseo de encontrar a Milton, no me he preocupado de esos muertos. Y es posible que en ellos encuentre algo que me lleve hasta su jefe.

Volvió a la calle principal y miró que el empresario de pompas fúnebres estaba colocando ya los seis cuerpos junto a un amarradero de caballos.

—Buen trabajo, señor Harley. ¿Quién paga esto?

—No se preocupe, yo lo abonaré todo. ¿Ha registrado a esos hombres?

—Sí, pero no llevaban encima nada de utilidad. Cada uno de ellos tenía cien dólares en billetes, cien dólares que estaban… ¡partidos por la mitad! Alguien les había pagado por este trabajo, y esperaba darles otra parte de esos billetes cuando lo hubiesen concluido. De este modo ellos pegaban las dos caras y en paz. Un buen sistema para que no se queden con el anticipo. ¿Qué le parece?

—Que han muerto por muy poca cosa. Lo siento. ¿Llevaban papeles?

—Ni uno.

—Deje que los examine.

Rex registró escrupulosamente a los cadáveres y no encontró en ellos nada de particular. Iba ya a abandonar sus pesquisas cuando algo le llamó la atención en uno de los muertos.

Al parecer no era nada. Simplemente, el muerto vestía una cazadora de ante con botones color piel, excepto uno que era de color rabiosamente azul. Ello no significaba gran cosa, porque lo natural era que en Texas uno no pudiera a veces elegir sus botones, pero de todos modos, Rex quedó extraordinariamente impresionado por aquel detalle. Y la sensación de que significaba algo se afincó en su cráneo de tal modo que cuando el sepulturero llevó a los seis muertos, él aún seguía mirando en la misma dirección.

Se dirigió nuevamente al *saloon* donde antes estuviera y bebió una copa. En realidad lo que quería era ver a Milton, pero tampoco lo consiguió. Con los ojos entrecerrados, estuvo viendo el incesante

ir y venir de hombres y mujeres por el local. Hasta que de pronto aquellos ojos grises y metálicos, que parecían sin vida, brillaron extrañamente.

Rex había visto algo capaz de ponerle en guardia y tensar sus nervios.

En el *saloon* acababa de entrar un hombre. Ese hombre vestía una cazadora de ante con botones color piel… ¡excepto uno de ellos, que también era de color azul!

No había duda de que aquello significaba algo. Ese detalle, al parecer inocente, debía servir a los pistoleros encargados de asesinarle para identificar a su jefe. ¿Sería aquél el hombre encargado de entrevistarse con Quantrell? El se propuso averiguarlo. Aquel tipo no llegaría al final de la noche sin haber contado todo lo que sabía. El de la cazadora de ante se instaló a su lado para beber, y Rex, deseando entablar conversación, le preguntó:

—¿Buen viaje, amigo?

Su tono había sido cordial, pero el otro se volvió para responder con los ojos inyectados en sangre:

—¿Y a ti qué té importa?

—Nada. Sólo he querido preguntarte cómo se viaja hoy por Texas.

—Muy mal. Uno encuentra cerdos en todas las poblaciones.

Los bebedores que estaban en la barra, y que conocían la fama de tirador de Rex, se apartaron discretamente. El de la cazadora no lo notó. Por el contrario, sus ansias de pelea aumentaron al ver que Harley no parecía demasiado dispuesto a darle la réplica.

—Sí, en todas las poblaciones se encuentran cerdos —insistió—. Pero si los cerdos, además son tan estúpidos como tú lo mejor que uno puede hacer es apartarlos a tiros de su camino.

—No he querido ofender, amigo. Y lamentaría tener que matar a alguien más esta noche.

—Pero ¿tú has matado a alguien alguna vez, cachorro de hiena?

Rex se mordió los labios. Aquel hombre le interesaba vivo, no muerto. Pero si seguía hablando, el desafío se iba a hacer inevitable.

A espaldas del joven, los bebedores ya murmuraban incluso, preguntándose si de repente Rex Harley se había vuelto un cobarde.

—Lo mejor es guardar el genio, amigo —susurró el joven—.

Vamos, invito a una copa.

—Vale.

Rex la sirvió, y el otro se la arrojó a la cara de un seco golpe. Aquel tipo no conocía a Harley, seguramente, pero debía tener motivos para sospechar el fracaso de sus pistoleros y estaba rabioso. Buscando a una víctima en quien desahogar su ira, había tropezado nada menos que con uno de los tiradores más implacable de Texas. Rex, dispuesto a aguantar hasta el fin, se limpió la cara con el dorso de la mano y musitó:

—No vale la pena, está borracho.

—Borracho, ¿eh? ¡Cobarde!

Sin previo aviso, echó mano al revólver. Su ademán fue tan rápido que Rex apenas tuvo tiempo para ladearse, mover el brazo y sacar su revólver también. Cuando logró empuñarlo, su enemigo ya lo tenía en línea de tiro. Rex no pudo exponerse a disparar a la mano, porque un fallo hubiese sido fatal. La vida tenía que ser para el más rápido. Dos disparos retumbaron en el aire, pero los dos los hizo Rex. Su enemigo, asombrado, atónito, recibió el plomo bajo la mandíbula y a la altura del corazón. Antes de que cayera. Rex ya había disparado otra vez. No le gustaba tener dudas ni hacer sufrir a sus víctimas.

Cuando su enemigo se había desplomado por completo, se inclinó sobre él y susurró mirando a todos los presentes.

—Lo lamento; no era mi intención matarle. Pero ya que lo he hecho quiero saber al menos de quién se trata. Simple cuestión de delicadeza, ¿no? Me gusta hacer colocar las iniciales en el ataúd.

Registró los bolsillos del muerto y, aparte pequeños objetos de uso personal sin importancia, encontró dos cosas; un fajo de billetes partidos por la mitad y una fotografía.

La fotografía no era de ninguna mujer, de ningún hombre, de ningún paisaje. Era simplemente la fotografía de una casa. Rex la reconoció en seguida, y sus ojos se dilataron por el asombro.

¡La fotografía de la casa de Annabella Lauren!

# CAPÍTULO IX

## UNA MUJER EN LA NOCHE

El sol brillaba a su máxima altura sobre el horizonte. Las escasas plantas de la llanura tenían un verde apagado, mortecino. Los revólveres quemaban igual que si los acabasen de sacar de un horno. Todo Texas parecía condenado a morir bajo el sol.

El hombre que galopaba en un caballo bayo se detuvo al llegar a un montículo y oteó el horizonte.

Otro jinete que llegaba en dirección contraria detuvo el galope de su caballo a unas trescientas yardas y se aproximó poco a poco.

Las manos de los dos hombres estaban atentas a los revólveres.

Por fin, el que había llegado en segundo lugar se tranquilizó. Acababa de reconocer a Rex Harley.

—A sus órdenes, mi general.

—¿Qué ocurre, coronel Harley? He recibido su telegrama. No ha sido una broma, créame. He tenido que venir a galope casi durante treinta millas.

—Lo siento. Su caballo está muy sudoroso, señor.

—Siéntalo más por mí. ¿Qué es lo que quiere, Harley?

—Sencillamente, decirle que no puedo continuar con esta misión.

El general lo miró como si estuviera viendo visiones.

—Pero ¿qué dice, loco?

—No puedo, mi general. Debió usted haber elegido para esto a un hombre más valiente.

—¿Es que tiene miedo?

—Sí, mi general.

—Pero ¿qué diablos está ocurriendo en Terrell? ¿Es que queman a los hombres vivos apenas entran allí?

—Sea por lo que fuere, no puedo continuar, mi general. Le suplico que me releve de esta misión.

—Imposible. Sabe usted que me está pidiendo un absurdo, Harley. Hace un tiempo, no mucho, los sudistas dieron su conformidad para que Quantrell levantara a las tribus indias, y designaron a un hombre para que le diese instrucciones. Este hombre fue Marlon Schelley, al que usted recibió orden de matar. Lo hizo, pero es seguro que los sudistas designaron a otra persona para entrevistarse con Quantrell. ¿Quién es esa persona? No tuvo tiempo material para recibir nuevas instrucciones y salir de Terrell antes de que usted volviese allí, o al menos eso es lo que yo creo. Quien sea, ya que usted no ha visto marchar a ningún sospechoso, está esperando en la ciudad a que Quantrell aparezca para recibir instrucciones. ¡Su misión es aguardar ese momento, Harley! ¡Tiene que responderme de la cabeza de ese hombre!

—Lo siento, mi general, pero me siento incapaz de llevar la misión más adelante.

—¿Es que ha averiguado ya alguna cosa?

Rex mintió:

—No, mi general.

—Más valdrá que me diga la verdad. ¿Por qué tiene miedo?

—No necesito explicarlo. Quizá no sea posible. Pero yo no soy el hombre capaz de liquidar a Quantrell y a la persona que ha de entrevistarse con él. Le pido que me releve, ¿comprende? ¡Hágalo o cometerá una barbaridad!

Las facciones del general se endurecieron.

—No me gusta su actitud, muchacho. Quizá ocurre que es demasiado joven. La guerra le ha endurecido por fuera, pero le ha dejado blando por dentro. Siga usted adelante o me veré obligado a pensar lo peor: ¡Que es un cochino cobarde!

Hizo dar a su caballo media vuelta, picó espuelas y partió a galope. No dejó a Rex ocasión para decir una palabra más. El joven apretó los puños con una rabia que iba dirigida hacia sí mismo, volvió grupas también y regresó hacia Terrell.

* * *

Quería creer que se equivocaba. Quería pensar que todo aquello no era más que una maldita coincidencia o un condenado sueño.

Al fin y al cabo, una fotografía no significa gran cosa.

Pero aquella noche, con una mueca de cansancio impresa en el rostro, Rex se encaminó hacia la casa de Annabella Lauren. No necesitó llegar hasta su puerta para darse cuenta de que algo anormal sucedía allí.

Había un carruaje detenido ante el porche. Rex se medio ocultó tras una pared al ver salir a Annabella en su silla de ruedas. Dos criados negros la tomaron respetuosamente en sus brazos y la acomodaron en el coche. Luego uno de ellos subió al pescante y arrancó.

¿Adónde iba Annabella? Rex sabía ya que la muchacha tenía costumbre de pasear, y no había nada de particular en que esta noche lo hiciera en un carruaje en vez de en su pobre silla, pero de todos modos aquello no le gustó.

Apoderándose del caballo que encontró en el primer amarradero, picó espuelas y emprendió la persecución del coche, dando un rodeo para no ser advertido.

Se encontró con la sorpresa de que el carruaje daba un rodeo también, como si Annabella deseara desorientar a alguien.

Después de media hora de trote largo, el vehículo se detuvo ante una casa destartalada de la llanura en cuyas ventanas brillaban luces. El criado negro descendió del pescante, tomó a su dueña entre los brazos y la introdujo en la casa. Seguramente había alguien aguardándola allí, porque el negro volvió y se quedó de guardia ante la puerta.

Rex descabalgó en silencio a unas cien yardas y se acercó sigilosamente hacia la casa.

Esperó a que el sirviente se distrajera unos segundos y, con la agilidad de una pantera, se abalanzó sobre él. El golpe fue calculado y tan silencioso como el de una serpiente. El negro sintió que se le cortaba la respiración, cayó a tierra sin gritar y perdió el sentido. Rex no le hizo ningún daño. Se limitó a amordazarle y asegurarse bien de que no se movería.

Luego, como una sombra, se acercó a una de las ventanas.

El interior correspondía a una choza destartalada, con una mesa en el centro y varias sillas medio rotas. Annabella estaba sentada en

compañía de tres hombres.

Rex los reconoció. Eran Phil, Sanders y Peck, traidores de profesión, cuyos rostros había visto varias veces en los pasquines, y que ahora debían estar contratados para servir a la causa del Sur, o más bien a la de Quantrell, quien no era un sudista, sino un simple bandolero. A Rex se le encogió el corazón al pensar que Annabella estaba unida a aquellos hombres.

Escuchó sin dificultad sus frases.

—¿Dice usted que todos los proyectos para eliminar a ese hombre han fracasado? —preguntó Phil.

—En efecto. Los nordistas lo eligieron para que hiciera fracasar en lo posible los planes de Quantrell. Vosotros, trabajando a sueldo del Sur, habéis hecho todo lo posible para eliminarle, pero sin resultado. Sois más estúpidos de lo que creía.

—Tal vez —dijo Peck—, sobre todo porque ahora los proyectos de Quantrell no podrán realizarse nunca. Quantrell ha muerto. Lo han despachado en la batalla de la Meseta Roja. Ese hombre, Harley, ya no tiene nada que hacer aquí. Pero antes de que marche quiero hacer una cosa: matarle. Esto no puede quedar así.

—Más valdrá que lo mate yo —silbó Annabella—. Vosotros no sabréis hacerlo. ¿Quién me ayuda a volver hasta el carruaje? Después de la muerte de Quantrell ya no tenemos más que hablar.

Rex miró a su alrededor. Era evidente que Annabella se disponía a salir, y él tenía que hacer algo. La niebla se había extendido sobre la llanura y era imposible ver a dos pasos de distancia. Toda la tierra ensangrentada de Texas, parecía poblada por fantasmas, como si los muertos hubieran salido de sus sepulturas y galopasen por la llanura infinita.

Rex se arrodilló junto al negro y le libró de sus ligaduras con rápidos movimientos.

—Voy a dejarte marchar con tu dueña —susurró—. Pero si la adviertes de algo o haces alguna cosa sospechosa, te atravesaré el cráneo con un balazo. No voy a estar lejos de ti.

El negro, aterrorizado, asintió. En aquel momento la puerta ya se abría, y dos de los pistoleros ayudaban a Annabella a llegar hasta el carruaje. Como un fantasma más, Rex se ocultó entre la niebla.

Instantes después el vehículo emprendía el regreso a Terrell. Al despedirse, los pistoleros habían dicho:

—Iremos dentro de unos momentos a la ciudad. Hay que acabar con ese hombre.

Entre el mar de niebla, Rex seguía el carruaje. Annabella debía oír los cascos de caballo que llegaban misteriosamente desde la oscuridad. Las luces de Terrell casi no se distinguieron hasta llegar a la calle principal.

Allí, Rex se adelantó para hacerse el encontradizo.

El negro lanzó un respingo al verle, pero Annabella, la que unos minutos antes se había ofrecido para matarle, lo recibió con la más encantadora de sus sonrisas.

—¿Tú por aquí, Rex? Creí que ya te habías marchado de la ciudad.

—Antes tengo que hacer algunas cosas, Annabella.

—¿Por ejemplo…?

—Decirte que a pesar de todo sigues siendo la única mujer de mi vida. Eso es lo más importante que tengo que hacer. Después, matar a tres hombres.

Las facciones de la muchacha ni siquiera se alteraron ante la clara acusación. Tal vez confiaba en que Rex no podía saber nada de la verdad. De un modo o de otro su aplomo fue admirable.

—¿Yo la mujer de tu vida? —sonrió—. ¿Yo, una paralítica?

—No necesito repetir que no me importa tu cuerpo, Annabella. Ha llegado un momento en que ni siquiera debe importarme tu alma. Ya está dicho todo, muchacha. Te advertí hace tiempo que no me importaba morir; seré una víctima fácil.

Por primera vez se marcó en el rostro de Annabella una mueca de inquietud. Fue ése el momento que Rex eligió para llevarse una mano al sombrero y saludar calmosamente, alejándose de allí.

Sabía que todo había terminado, para Texas y para él. En Texas, muerto Quantrell, reinaría la paz, por cuanto la guerra estaba prácticamente terminada. En su corazón reinaría la paz también. Cuando Annabella le hubiese enviado su última bala mezclada con su último beso.

Al trote corto, oyéndose entre la niebla el rítmico golpear de los cascos de su caballo, llegó al extremo de la calle. Tres jinetes aparecieron de pronto ante él, igual que espectros creados por la llanura.

Eran Phil, Sanders y Peck.

Los tres se detuvieron al ver a Rex Harley. Nadie desmontó. Rex, con movimientos suaves y calmosos, arrojó un revólver al suelo, extrajo otro y, a la vista de sus enemigos, hizo saltar tres balas de él. Los pistoleros le miraban como hipnotizados. Por la suavidad de sus movimientos, adivinaron que no iba a disparar aún. Cuando Rex introdujo en la funda el único revólver, Phil salió de su asombro y pudo hablar.

—¿No eres Rex Harley? —preguntó.

—La pregunta es estúpida, puesto que la mayoría de vuestra banda de pistoleros contratados por el Sur me conoce bien. Sí, soy Rex Harley.

Sanders rió, dirigiendo una mirada al revólver abandonado.

—Muy fáciles nos pones las cosas, Harley.

—Para matar a tres cerdos, sólo necesito tres balas.

Peck lanzó una maldición.

—¿Y si alguien quiere eliminarte luego? ¿Qué harás?

—Si alguien quiere eliminarme luego —dijo, enigmáticamente Rex—, prefiero darle toda clase de facilidades.

Aunque la niebla era espesa, desde los porches docenas de espectadores habían visto lo sucedido, y ahora una doble fila de mudos testigos se apretaba a contemplar el espectacular y extraño desafío. Durante unos instantes, el silencio fue agobiante en la calle mayor de Terrell.

Rex vio que entre esos espectadores se encontraba Nancy Forbes. Con una estrecha sonrisa, musitó:

—No me gusta que las mujeres hermosas puedan ver mi cadáver, muchacha. Lo verá una, y ya es suficiente. Dentro de cinco minutos sale la diligencia. ¿Por qué no la tomas?

Nancy, pálida como una muerta, susurró:

—No quiero ver cómo te… matan, Rex. Prefiero… ignorar esto.

La muchacha dio media vuelta y se alejó poco a poco. Se respiraba en el aire una extraña tensión, como una amenaza mortal. Phil aulló:

—¡Vamos! ¡«Saca»!

Los cuatro hombres se movieron a la vez con rapidez de reptiles. Rex, comprendiendo que su única salvación estaba en desorientar a sus enemigos, se dejó caer del caballo mientras disparaba contra dos de ellos, olvidando el tercero. Sanders y Phil recibieron el

plomo en el pecho antes de que pudieran disparar. Phil hizo fuego, pero la bala arañó inútilmente el cuero de la silla. Rex disparó entonces la última bala entre las patas de su caballo, jugándose la vida a cara o cruz en una fracción de segundo. Pero Peck sólo sufrió una leve rozadura.

De las gargantas de los espectadores escapó un grito de horror.

Peck sabía que su enemigo va no contaba con ninguna munición. Matarlo era tan fácil como acabar con un niño. Lentamente, saboreando de antemano su victoria, descabalgó y se acercó a Rex. Éste se puso en pie, pero no hizo nada para defenderse. En sus labios había una mueca sardónica, amarga, como si renegase de su propia vida. Contempló cara a cara a su enemigo y silbó:

—A la cabeza, macho. Siempre he creído que las balas duelen menos ahí.

Peck alzó el revólver, apuntando directamente a la frente de Rex Harley. Aquello era un asesinato a sangre fría, precisamente la situación que más agradaba a Peck. Su revólver estaba solo a diez o doce pulgadas de los ojos de Rex, quien lo miraba impávido. La sonrisa desdeñosa se acentuó en los labios del que iba a morir.

Peck empezó a hacer correr el gatillo y entonces…

El rifle retumbó en la lejanía. La bala, que venía desde muy lejos en un disparo maravilloso, aulló a todo lo largo de la calle, como si llevase dentro a una garganta humana. Ese aullido se mezcló al grito de agonía de Peck cuando éste recibió la bala en plena frente. Antes de que pudiera disparar, cayó a los pies de Rex como un fardo. La multitud que había presenciado la increíble escena lanzó otro grito unánime de asombro.

Sin poder creer en lo que había visto, Rex corrió en la dirección del disparo. Había hecho esto otras veces, sin encontrar a nadie, igual que si le hubiese salvado un fantasma, pero ahora estaba seguro de hallar a Milton Halloran. Su misión había terminado, ya no tenía por qué temer ni ocultarse. Rex, igual que un loco, corrió dos travesías, hasta llegar a una zona de casi completa oscuridad.

Y entonces vio a Milton Halloran.

Sí, lo vio.

Jonathan, el sepulturero, lo llevaba doblado sobre una carretilla. Milton estaba lívido y llevaba muerto al menos cuatro días.

Como si le hubieran dado un mazazo en el cráneo, como si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies, Rex se detuvo. Su boca se abrió para hablar, pero le fue imposible.

Al fin pudo balbucir:

—¿Adónde… lleva eso?

—¿Adónde voy a llevarlo? Al cementerio. Lo he encontrado en una casa en ruinas cerca de la ciudad. Junto a él estaba un revólver con las iniciales de Phil, ese maldito pistolero. El debió asesinarle, Pero de eso al menos hace tres o cuatro días.

Rex sintió otra vez como si la tierra se abriera bajo sus pies. El mundo entero daba vueltas a su alrededor. Si Milton no le había salvado otras veces porque ya estaba muerto, ¿a quién debía él la vida? En nombre del cielo, ¿a quién?

Y fue en ese momento cuando entre la niebla oyó aquel chirrido extraño, suave, susurrante. Aquel sonido que había oído muy pocas veces, pero que ya estaba marcado a fuego en sus recuerdos. ¡El sonido de la silla de ruedas de Annabella!

Entre la niebla, como un fantasma, algo avanzó hacia él. Rex vio los límites imprecisos de la silla de ruedas. La vio acercarse, la presintió. Y cuando la tenía lo bastante cerca, no pudo evitar que de su garganta brotara un grito.

¡La silla estaba vacía!

Detrás de ella, empujándola, iba Annabella. Annabella, que caminaba por su propio pie, más hermosa, ágil y obsesionante que nunca, y con un «Winchester» todavía humeante en su mano derecha.

Rex no podía hablar. Aquello era superior a sus fuerzas, a su capacidad de comprensión. Aquello era… ¡tan grande! La voz de Annabella pareció llegarle de otro planeta cuando la muchacha susurró:

—No te extrañes tanto, Rex. Cuando Marlon murió los sudistas me encargaron a mí de su misión, puesto que confiaban en mí y de una mujer nadie sospecharía.

—Pero. —Empezó a decir Rex.

—No, Rex, no lo entenderás hasta que te lo haya explicado todo. Yo era adicta al Sur, y quería continuar la misión impuesta a Marlon. Te… ¡te odiaba! Aquella bala me mantuvo herida unos breves días y luego fingí ante todos la parálisis de acuerdo con el

doctor Martel, porque esto me haría parecer sospechosa a los ojos de los nordistas cuando ocupasen la población. Grupos de despreciables pistoleros que debían ayudarme, se pusieron en contacto conmigo. Entonces fue cuando empecé a comprender que Quantrell no era del Sur, que nos estaba engañando a todos; pero aun así seguía queriendo ayudarle. El tenía que venir a Terrell para ponerse de acuerdo con determinados guerrilleros de la frontera a través de mí. Y tú tenías que morir, Rex. La primera vez que te salvé no lo hice porque hubiese dejado de ser una partidaria del Sur, sino porque… ¡Porque a pesar de todo te quería! Luego, cuando vi cuáles eran los procedimientos de Quantrell, comprendí que eras tú quien tenía la razón. Todos, desde Marlon al último pistolero, estaban equivocados. Entonces seguí el juego porque ésa era la única manera de saber lo que se preparaba contra ti y el único modo de lograr salvarte si la situación se te hacía angustiosa. No tiro mal con rifle, Rex, tú lo has visto. Me has dicho hace poco, cuando creías que iba a matarte, que yo era la mujer de tu vida. Ahora te digo yo que eres el hombre de mi existencia, el hombre de mi destino. De nada sirve decirlo, Rex, porque todo nos separa, pero me alegra que lo sepas.

Dio media vuelta y se alejó poco a poco. Rex Harley la contempló con ojos que la emoción hacía brillar de un modo extraño, y sus manos se tendieron sin pensar hacia la espalda de la muchacha.

—¡Annabella!

Ella no se volvió. Siguió caminando. La niebla iba a tragársela. Rex corrió, la sujetó por la espalda y la hizo volverse. Ella le miró al fondo de los ojos. No se atrevieron a besarse porque, en verdad, todo los separaba, pero también era cierto que todo los unía. Después de tanto dolor, cada uno supo leer en los ojos del otro tales promesas de amor, de felicidad, de ventura, que dejaron que sus cuerpos se unieran en un abrazo y que sus almas soñaran por un instante en un mañana mejor.

Así, unidos para siempre, enlazados sus brazos, se perdieron entre la niebla.

FIN